



¡Oh! Decidme todo cuanto pueda tranquilizarme..



**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO XI.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

**Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.**

El Collar de la Reyna.

UNA PROPOSICION DESECHADA HACE
RECOBRAR Á BEAUSIRE SU LIBERTAD.

Júzguese cual seria el efecto que esta captura debió producir en Mr. de Crosne.

Es probable que los agentes no recibiesen el millon que esperaban, pero debemos creer que quedaron satisfechos.

Por lo que hace al teniente de policia, despues de haberse restre-

gado las manos de gozo, se dirigió á Versalles en un coche, detrás del cual iba otro carruaje herméticamente cerrado.

Esto acontecia el dia siguiente al en que el positivo y su amigo habian puesto á Nicolasa en manos de la policia.

Mr. de Crosne hizo entrar los dos coches en Trianon; bajó del que ocupaba, y dejó el otro bajo la vigilancia de su primer comisario.

Al punto se hizo anunciar á la Reyna, á la cual habia pedido de antemano una audiencia en Trianon.

La Reyna, que nada despreciaba hacia un mes de cuanto le llegaba de parte de la policia, accedió desde luego á la peticion del ministro, y se encaminó de mañana á su casa favorita, poco acompañada por si era necesario el secreto.

Asi que Mr. de Crosne fué introducido, conoció María Antonieta, en la satisfaccion de su rostro, que las no-

ticias eran buenas.

¡Pobre muger! hacia mucho tiempo que solo veia á su lado rostros sombríos y reservados.

Un sentimiento de alegría, el primero despues de treinta dias mortales, agitó su corazon herido por tan terribles emociones.

El magistrado, despues de besarle la mano, la dijo:

—¿Señora, hay en Trianon alguna sala donde, sin ser vista, pueda V. M. ver lo que pasa?

Mi biblioteca, contestó la Reyna; detrás de las molduras hice abrir hace mucho tiempo vistas secretas en mi sala de colacion, y algunas veces me entretenia con la princesa de Lamballe ó con la señorita de Taverney, cuando estaba á mi lado, en mirar las muecas cómicas del abate Vermond, siempre que leia algun libelo en que se trataba de su persona.

—Perfectamente, señora, obser-

vó Mr. de Crosne ; ahora debo añadir que tengo abajo un coche que quisiera hacer entrar en el edificio sin que su contenido fuese visto de nadie , á no ser de V. M.

—Eso es fácil , repuso la Reyna. ¿Dónde se halla el coche?

—En el primer patio , señora.

La Reyna llamó y se presentó un criado.

—Disponed , dijo á este , que el carruaje que os señale Mr. de Crosne entre en el gran vestíbulo , cuyas puertas cerrareis de modo que todo quede enteramente á oscuras , á fin de que nadie vea antes que yo al objeto que me trae Mr. de Crosne.

Así se hizo , pues todos estaban acostumbrados á respetar los caprichos de la Reyna. El coche penetró bajo la bóveda hasta las inmediaciones del cuartel de guardias , y depositó su contenido en el corredor sombrío.

—Ahora, señora, dijo Mr. de Crosne, tened la bondad de pasar conmigo á vuestra sala, y dar orden para que dejen entrar en la biblioteca á mi comisario y lo que conduzca.

Diez minutos despues la Reyna, palpitándole el corazon, espiaba por las ventanillas secretas.

Vió entrar en la biblioteca una forma cubierta con un velo, que descubrió el comisario, y que una vez reconocida hizo arrojar á la Reyna un grito de espanto. Era Oliva ataviada con uno de los trajes de María Antonieta.

Tenia el vestido verde de anchas listas negras; el peinado alto que preferia la Reyna; sortijas iguales á las suyas, y chapines de seda verde con enormes tacones. Era la misma María Antonieta, á excepcion de la sangre de los Césares, á la cual reemplazaba el fluido plebeyo, móvil de toda la voluptuosidad

de Mr. Beausire.

La Reyna creyó estarse mirando en un espejo, y devoró con la vista aquella aparicion.

— ¿Qué dice V. M. de esa semejanza? preguntó de Crosne, orgulloso por el efecto que habia producido.

— Digo.... digo.... caballero, murmuró la Reyna trastornada... ¡ Ah!.. Oliverio, pensó en seguida; ¿por qué no estais aqui?

— ¿Qué manda V. M?

— Nada, nada, sino que el Rey sepa bien.....

— Y que vea, como vos, Mr. de Provence. ¿No es verdad, señora?

— ¡ Oh! Gracias, gracias, Mr. de Crosne. ¿Pero qué se hará á esa muger?

— ¿Se atribuye á ella todo cuanto ha sucedido? preguntó Mr. de Crosne.

— Sin duda teneis entre manos el hilo de la trama.....

—Casi, casi, señora.

—¿Y Mr. de Rohan?

—Nada sabe todavía.

—¡Ah! dijo la Reyna ocultando la frente en sus manos; veo, caballero, que esa muger constituye todo el error del Cardenal.

—Está bien, señora, pero si constituye el error de Mr. de Rohan, también es una prueba del crimen de otro.

Investigad bien, amigo, pues en vuestras manos está el honor de la casa de Francia.

—Creed, señora, que está perfectamente colocado, respondió Mr. de Crosne.

—¿Y el proceso? preguntó la Reyna.

—Sigue su curso: todos niegan; pero aguardo el momento favorable para presentar esa pieza de convicción que veis en la biblioteca.

—¿Y la condesa de La Motte?

—Ignorando que he encontrado á

esa jóven, acusa á Mr. de Cagliostro de haber trastornado la cabeza al Cardenal, hasta el punto de haberle vuelto loco.

—¿Y Mr. de Cagliostro?

—Le he hecho interrogar, y ha ofrecido verme hoy mismo.

—Es hombre peligroso.

—Será hombre útil; picado por una víbora como la condesa, absorberá el veneno y nos dará el contraveneno.

—¿Esperais revelaciones?

—Estoy seguro de tenerlas.

—¿Cómo así, caballero? ¡Oh! Decidme todo cuanto pueda tranquilizarme.

—He aquí mis razones. La condesa de La Motte vivia en la calle de San Claudio.....

—Ya lo sé, ya lo sé, dijo la Reyna ruborizándose.

—Sí: V. M. fue caritativa con esa muger.

—Y me lo ha recompensado; ¿no

es verdad? Con que..... vamos, vivia en la calle de San Claudio.

—Enfrente de Mr. de Cagliostro.

—Y suponeis.....

—Que si ha habido un secreto para uno ú otro de estos vecinos, ese secreto debe pertenecer á los dos. Pero..... perdonadme, señora, porque se acerca la hora en que debo ver en París á Mr. de Cagliostro, y por nada en el mundo quisiera aplazar sus esplicaciones.

—Partid, caballero, partid y vivid seguro de mi eterna gratitud.

—He aqui, exclamó llorando, luego que hubo marchado Mr. de Crosne, he aqui que ya empieza mi justificacion. Voy á leer mi triunfo en todos los semblantes; pero el único amigo á quien me interesa probar que soy inocente..... ¡ah! No lo veré.

Volaba entretanto Mr. de Cros-

ne hacía París, y por fin llegó á su casa, en la cual le esperaba Mr. de Cagliostro.

Este sábio lo sabia todo desde el dia anterior, pues precisamente iba á la casa de campo de Beausire, cuyo retiro conocia, á fin de comprometerle á que abandonase la Francia, cuando le vió de viaje en el carricoche escoltado por los dos agentes. Oliva se ocultaba en el fondo, avergonzada y llorosa.

Beausire vió al conde en su silla de posta y le reconoció, asaltándole al punto la idea de que aquel hombre misterioso y que tanto poder tenia, podia servirle de alguna utilidad: esta idea le hizo olvidar su propósito de no abandonar á Oliva.

En consecuencia recordó á los agentes la proposicion que estos le habian hecho de permitirle fugarse; en efecto, aceptaron cien luises que llevaba y lo soltaron, á pesar del

llanto de Nicolasa.

Beausire, sin embargo, dijo á su querida en voz baja al abrazarla:

— Espera: voy á trabajar para salvarte.

Y echó á correr en seguimiento de Cagliostro.

Enterado este de lo que sucedia, se habia detenido, porque supuesto que Beausire iba á París, no necesitaba buscarle en su casa de campo; esperó, pues, á Beausire, ó algun recado de su parte.

Media hora hacia que se hallaba detenido á un lado del camino, cuando vió llegar al desgraciado amante de Oliva pálido, y sin aliento.

Beausire, al ver parada la silla arrojó el grito de alegría del náufrago que encuentra una tabla salvadora.

— ¿Qué sucede, hijo mio? dijo el conde ayudándole á colocarse á su lado.

Beausire le contó su triste historia, que Cagliostro escuchó en silencio.

—Está perdida, murmuró poco despues.

—¿Cómo? exclamó Beausire.

Cagliostro le refirió lo que él ignoraba, á saber, la intriga de la calle de San Claudio y la de Versailles.

Beausire, medio desmayado, se arrojó á los pies del conde, y le dijo:

—Salvadla, salvadla y os la cederé si todavia la amais.

—Amigo mio, le contestó Cagliostro, estais en un error, pues nunca he amado á la señorita Oliva; solo queria apartarla de esa vida desarreglada que compartia con vos.

—Pero.... observó Beausire sorprendido.

—¿Estrañais eso? Sabed, pues, que soy síndico de una sociedad, de reformas morales, cuya institucion

es arrancar del vicio todo lo que puede ofrecer probabilidades de curacion. Hubiera curado á Oliva separándola de vos, y por eso la separé. Ella puede decir si alguna vez ha oido de mis labios una sola palabra amorosa; y si mis servicios no han sido siempre desinteresados.

—Pues bien, con mayor motivo podeis salvarla, caballero.... ¡Oh! sí, salvadla.

—Lo intentaré; pero eso dependerá de vos, Beausire.

—Pedidme la vida.

—No exigiré tanto. Acompañadme á Paris, y si seguís puntualmente mis instrucciones tal vez libertaremos á vuestra querida; solo pongo una condicion.

—¿Cuál?

—Os la diré cuando lleguemos á mi casa.

—Suscribo á ella desde luego, pero.... ¡quiero verla, verla!

—En eso pienso, la vereis antes

de dos horas.

—¿Y podré abrazarla?

—De seguro: además la direis lo que yo os voy á dictar.

Cagliostro en compañía de Beausire se dirigió á Paris.

Dos horas despues, al anoche-
cer, alcanzaron el carricoche.

Una hora despues compraba Beausire á los agentes por cincuenta lises el derecho de abrazar á Nicola-
sa, y de encargarle al oido las reco-
mendaciones del conde.

Los agentes admiraban aquel amor y se prometian cincuenta lises de propina en cada parada.

Pero Beausire no volvió á presen-
tarse, pues la silla de Cagliostro le condujo rápidamente hácia Paris, donde se preparaban tantos aconte-
cimientos.

He aqui lo que era necesario que supiese el lector, antes de presen-
tarle á Mr. de Cagliostro hablando de negocios con Mr. de Crosne.

Ahora ya podemos introducirnos
en el gabinete del jefe de la poli-
cía.

M. DE CROSNE EMPIEZA Á VER CLARO.

Mr. de Crosne sabia de Mr. de Cagliostro cual un hábil jefe de policía puede saber de un hombre que vive en Francia, lo cual no es poco decir. Sabia, por ejemplo, todos sus nombres pasados, todos sus secretos de alquimia, de magnetismo y de adivinacion; conocia sus pretensiones á la regeneracion perpétua, y lo tenia en concepto de un charlatan.

Mr. de Crosne era un hombre fuerte, y conocia todos los recursos de su cargo; estaba bien quisto en la corte, pero indiferente al favor, y de un orgullo poco manejable, no transigia fácilmente con cualquiera.

Cagliostro no podia ofrecer á este hombre como á Mr. de Rohan luises todavía calientes de su hornillo hermético; tampoco podia presentarle el cañon de una pistola como á Mr. de Sartines lo habia hecho Bálamo, ni tenia que pedir noticias de Lorenza para recobrarla: sin embargo, Cagliostro tenia que dar cuentas.

He aquí, por qué el conde, en vez de esperar los acontecimientos, habia creído conveniente pedir una audiencia al magistrado.

Mr. de Crosne conocia las ventajas de su posicion, y se preparaba á aprovecharlas. Cagliostro no ignoraba el compromiso en que se halla-

ba y se proponia salir bien de él. En aquella partida, jugada al descubier-
to, habia una apuesta que uno de los
dos jugadores no sospechaba, y este
jugador, preciso es confesarlo, no era
Mr. de Crosne.

Este, segun hemos dicho, solo
conocia en Cagliostro el charlatan,
pero no al adepto. Muchos tropezaron
en las piedras sembradas contra el tro-
no por la filosofía, tan solo porque no
repararon en ellas.

Mr. de Crosne esperaba de Ca-
gliostro revelaciones acerca del co-
llar y de los manejos de Mad. de
La Motte, y en esto consistia su
desventaja. Por último, tenia el de-
recho de interrogar y de prender,
y aquí estribaba su superioridad.

Recibió al conde como hombre
que conoce su propia importancia;
pero que no quiere faltar á la polí-
tica con persona alguna, ni aun con
un fenómeno.

Cagliostro se puso sobre sí, y

quiso aparecer como un gran señor, única debilidad que juzgó oportuno dejar sospechar.

—Caballero, le dijo el gefe de policía; me habeis pedido una audiencia, y espresamente vengo de Versalles para oiros.

—Caballero, le contestó Cagliostro, he pensado que tendríais algun interés en preguntarme sobre lo que ocurre, y como hombre que conoce todo vuestro mérito y toda la importancia de vuestras funciones, he venido á veros, y aqui me teneis.

—¿Interrogaros? repuso el magistrado afectando sorpresa. ¿Sobre qué, y en qué concepto?

—Os ocupais mucho, dijo claramente Cagliostro, de la condesa de La Motte y de la desaparicion del collar.

—¿Lo habríais tal vez encontrado? preguntó Mr. de Crosne en tono de burla.

—No, respondió con gravedad el conde, pero si no he encontrado el collar, al menos sé que Mad. de La Motte vivia en la calle de San Claudio.

—Enfrente de vuestra casa, caballero, replicó el magistrado: tambien lo sabia yo.

—Pues si ademas sabeis lo que hacia Mad. de La Motte, no hablemos mas.

—Al contrario, dijo Mr. de Crosne en tono indiferente; hablemos de ella.

—¡Oh! todo el mérito de nuestra conversacion se habia de referir á la jóven Oliva, observó Cagliostro; pero supuesto que lo sabeis todo respecto á la condesa, nada nuevo tendré que comunicaros.

Al escuchar el nombre de Oliva se estremeció Mr. de Crosne, y dijo:

—¿Qué quereis decir? ¿Qué Oliva es esa?

—¿ Lo ignorais ? ¡ Ah , caballero ! Una curiosidad que tendria sumo placer en enseñaros . ¡ Figuraos una jóven muy linda , con una cintura !... con unos ojos azules.... y un óvalo perfecto !... en fin , una belleza que se asemeja á la de S. M. la Reyna .

—¡ Ah , ah ! exclamó Mr. de Crosne . ¿ Y qué mas ?

—Esa jóven vivia mal , y me daba lástima , pues en otro tiempo sirvió á un antiguo amigo mio , llamado Mr. de Taverney .

—¿ Al baron que murió uno de estos dias ?

—Justamente . Ademas , habia pertenecido á un hombre sábio , á quien no conocéis , señor jefe de policia , y que... pero me aparto del camino recto , y aun ^{me} creo que empiezo á molestaros .

—Caballero , hacedme el favor de continuar . Deciais que Oliva.....

—Vivia muy mal , segun he di-

cho, y se hallaba casi en la miseria, con un tuno que era su amante, para robarle y sacudirla, uno de vuestros habituales recomendados, en una palabra, un escamoteador, á quien no debeis conocer.....

— ¿Un tal Beausire, tal vez? preguntó el magistrado con orgullo, como dando á entender que tenia buenos informes.

— ¡Ah! ¿Le conoceis? exclamó Cagliostro admirado. ¡Pues es sorprendente! Muy bien, caballero; ya veo que sois mas adivino que yo. Por fin, cierto dia en que Beausire habia sacudido y robado á la pobre jóven mas que otras veces, fué llorosa á refugiarse á mi casa implorando mi proteccion. Como soy compasivo, le cedí una especie de pabellon en uno de mis palacios....

— ¡En vuestro palacio!... ¡Estaba en uno de vuestros palacios! dijo el magistrado sorprendido.

— Sin duda, replicó Cagliostro afec-

tando por su parte admiracion. ¿Qué inconveniente habia en que la diese asilo? Yo soy soltero...

Y se hechó á reir con tan bien fingida naturalidad que Mr. de Crosne cayó completamente en la red.

— ¡ En vuestra casa ' repitió este ; por eso han trabajado tanto mis ajentes para dar con ella.

-- ¿ Cómo ? esclamó Cagliostro : ¿ se buscaba á esa jóven ? ¿ Ha hecho tal vez alguna cosa que yo no sepa ?

— No, no, caballero ; os ruego que prosigais.

— ¡ Ah ! ya he concluido ; la acogí en mi casa, y he aqui todo.

— No, señor conde, no es eso todo, porque hace poco me pareció que asociábais el nombre de Oliva al de Mad. de La Motte.

— En efecto, con motivo de que eran vecinas.

— Por alguna otra causa, señor

conde, pues no habeis hablado sin objeto de la vecindad de esas dos mugeres.

— ¡Oh! eso se refiere á una circunstancia que seria inútil recordar, porque al primer magistrado del reyno se deben referir consejos de propietario ocioso.

— Al contrario, caballero; me interesais mas de lo que creeis, porque esa Oliva, á quien aseguraís haber dado asilo, la hemos encontrado nosotros en provincia.

— ¿La habeis encontrado?

— Con el mismo Mr. de Beausire.

— Ya me lo sospechaba yo, exclamó Cagliostro. ¿Con que estaba con Beausire? ¡Ah! muy bien, muy bien; quede, pues, en su lugar el buen concepto de Mad. de La Motte.

— ¡Cómo! ¿qué quereis decir? replicó Mr. de Crosne.

— Digo, caballero, que despues de haber sospechado de Mad. de La Motte, la declaro aqui una reparacion

completa.

—¿ De qué la sospechásteis ?

—¡ Dios mio ! ¿ y teneis paciencia para escuchar todos estos chismes ? Pues bien , sabed que cuando ya habia concebido yo esperanzas de corregir á Oliva , haciéndola entrar en la senda de la honestidad y del trabajo , porque me dedico mucho á la moral , me la robaron.

—¿ Os la robaron ? ¿ de vuestra casa ?

— De mi casa.

—¡ Cosa estraña !

—Eso mismo pensé yo , y hubiera jurado que era Mad. de La Motte. Asi son los juicios del mundo.

Mr. de Crosne se acercó á Cagliostro y le dijo:

—Vamos ; precisad los hechos , si gustais.

—¡ Oh ! Supuesto que habeis hallado á Oliva con Beausire , nada me hará pensar en la condesa de La Motte , ni en sus señas , ni en

su correspondencia.

—¿ Con Oliva ?

— Sí por cierto.

—¿ Con que se entendian Oliva y Mad. de La Motte ?

— Perfectamente.

—¿ Se veian ?

— La condesa habia hallado medio de hacer salir á Oliva todas las noches.

— ¡ Todas las noches ! ¿ Estais seguro ?

— Tanto como un hombre puede estarlo de lo que ha visto y oido.

— ¡ Oh ! caballero ; me decís cosas que yo pagaria bien caras ; daria mil libras por cada palabra. Fortuna es para mí que fabriqueis oro.

— Ya no lo fabrico , porque es muy caro.

—¿ Pero sois amigo de Mr. de Rohan ?

— Ya lo creo.

— Debeis por lo tanto saber hasta

qué punto entra en su aventura escandalosa ese elemento de intriga llamado Mad. de La Motte.

—No; quiero ignorarlo.

—Pero sin duda conoceis las consecuencias de esos paseos dados por Oliva y Mad. de La Motte...

—Caballero, hay cosas que el hombre prudente debe procurar siempre ignorar, repuso sentenciosamente Cagliostro.

—Solo voy á tener el honor de preguntaros una cosa, dijo con viveza Mr. de Crosne. ¿Teneis pruebas de que Mad. de La Motte haya seguido correspondencia con Oliva?..

—Cien.

—¿Y son?

—Billetes que la condesa arrojaba al terrado de Oliva con una ballesta que tal vez se encontrará todavía en su casa: muchos de ellos, enrollados en un pedazo de plomo, no llegaban á su destino, pues caian

á la calle, de modo que mis criados y yo hemos recogido algunos.

—¿Y los cedereis á la justicia?

—¡Oh! Son tan inocentes, que no tendré el menor escrúpulo al hacerlo, ni creo que Mad. de La Motte me echará en cara el que los haya entregado.

—¿Y.... pruebas de connivencia... de citas?

—Mil.

—Una sola... os lo suplico.

—La mejor de todas. Parece que Mad. de La Motte tenia facilidad para entrar en mi casa á fin de ver á Oliva, porque en ella la ví el mismo dia en que esta desapareció.

—¿El mismo dia?

—Todos mis criados la vieron como yo.

—¡Ah! ¿Y qué iba á hacer allí si Oliva habia desaparecido?

—Eso mismo me pregunté y no supe explicármelo. Habia visto bajar

á la condesa de un coche de camino que esperaba en la calle de Roi Doré. Mis criados habian visto tambien detenido mucho tiempo aquel coche, y creí, lo confieso, que Mad. de La Motte queria que se le afecionase Oliva.

— ¿Y la dejábais obrar?

— ¿Por qué no? La condesa es una dama caritativa á quien la suerte favorece; es bien recibida en la corte, y no debia yo impedirla que me desembarazase de Oliva. Hubiera hecho mal en ello, como podeis pensar, supuesto que otro se la ha llevado para acabar de perderla.

— ¡Ah! dijo Mr. de Crosne meditando profundamente: la señorita Oliva estaba en vuestra casa....

— Sí señor.

— La señorita Oliva y Mad. de La Motte se conocian, se hablaban y salian juntas...

— Sí señor.

— ¿Y Mad. de la Motte fue vista

en vuestra casa el día del robo de Oliva....

— Sí señor.

— ¿Y creis que la condesa quería atraer á esa jóven ?

— ¿Qué podia yo hacer mas que pensar eso ?

— ¿Qué dijo la condesa cuando no encontró á Oliva en vuestra casa ?

— Me pareció turbada.

— ¿Y suponeis que fué Beausire quien la robó ?

— Lo supongo únicamente, porque me habeis dicho vos la robó en efecto, pues de lo contrario nada sospecharia. Ese hombre ignoraba el paradero de Oliva. ¿Quién puede haberse lo indicado ?

— La misma Oliva.

— No lo creo, porque en vez de hacerse robar por él en mi casa, hubiera huído á la suya, y se me figura que debeis creer que él no hubiera entrado en mi palacio si Mad. de La Motte no le hubiera proporcio-

nado una llave.

—¿Tenia ella esa llave?

—No puede haber la menor duda.

—Os ruego me preciseis el dia en que fué robada la jóven, dijo Mr. de Crosne, iluminado repentinamente por la luz que con tanta habilidad le presentaba Cagliostro.

—¡Oh! caballero, lo tengo muy presente; el dia antes de San Luis.

—Eso es, exclamó el jefe de la policia, eso es. caballero, acabais de prestar al estado un servicio importante.

—Me felicito de ello.

—Y se os darán las gracias, como conviene.

—Mi conciencia se ha anticipado á ellas, contestó Cagliostro.

Mr. de Crosne le saludó diciéndole:

—¿Puedo contrar con las pruebas de que hemos hablado?

—Siempre estoy dispuesto á obedecer á la justicia.

— Pues bien, caballero, cuento con vuestra palabra, y tengo el honor de ofreceros mis respetos.

Hablando así despidió á Cagliostro que murmuró al salir del gabinete:

— ¡ Ah, condesa ! ¡ Ah, víbora ! Has querido acusarme, y me parece que has mordido la lima. ¡ Cuidado con tus dientes !

UNA PRUEBA IRRECUSABLE.

En tanto que Mr. de Crosne hablaba así con Cagliostro, Mr. de Breteuil se presentaba en la Bastilla de parte del Rey para interrogar á monsieur de Rohan.

La entrevista podia ser tempestuosa entre estos dos enemigos. Mr. de Breteuil conocia el orgullo de Rohan, y se habia vengado de él de una manera demasiado terrible para

atenerse en lo sucesivo á contempORIZACIONES políticas. Atúvose sin embargo á ellas y se mostró mas que atento; pero Mr. de Rohan se negó á contestar.

El guarda-sellos insistió; pero Mr. de Rohan declaró que se referia enteramente a las medidas que tomasen el parlamento y sus jueces.

Mr. de Breteuil tuvo que retirarse en vista de la invencible voluntad del acusado.

Mandó llamar á su casa á Mad. de La Motte, que se hallaba ocupada en redactar sus memorias: la condesa obedeció con premura.

Mr. de Breteuil la esplicó francamente su situacion, que ella conocia mejor que nadie, y así le contestó que tenia pruebas de su inocencia, las cuales presentaria cuando fuese necesario; á lo cual repuso Mr. de Breteuil que nada urgia tanto como la presentacion de aquellas

pruebas.

Juana dió á luz la fábula que habia compuesto, reducida á las mismas insinuaciones contra todo el mundo, y á la afirmacion de que ignoraba el origen de la acusacion de falsaria que le habian dirigido.

Tambien declaró que habiéndose hecho ya cargo de este asunto el parlamento, nada diria que fuese absolutamente cierto sino en presencia del señor Cardenal, y en vista de los cargos que este la hiciese.

Mr. de Breteuil la dijo entonces que el Cardenal la acusaba de todo.

— ¡ De todo ! repitió Juana. ¿ Y tambien del robo !

— Tambien del robo.

— Tened la bondad de hacer saber al señor Cardenal, contestó Juana indiferentemente, que le suplico no sostenga por mas tiempo un sistema de defensa tan malo.

No quiso esplicarse mas ; pero Mr.

de Breteuil tampoco quedó satisfecho, porque necesitaba pormenores mas confidenciales; por ejemplo, la enunciacion de los motivos que habian ocasionado la temeridad del Cardenal respecto á la Reyna, y la cólera de la Reyna contra el Cardenal.

Necesitaba tambien la esplicacion de todas las acusaciones verbales recogidas por el conde de Provenza y lanzadas á merced del público.

El guarda-sellos era hombre de talento, y sabia obrar sobre el carácter de una muger: asi fué que todo lo prometió á Mad. de La Motte, con tal que acusase á alguno.

— ¡Cuidado! le dijo: si nada decis, acusais á la Reyna; si persistís en esto, sereis condenada, como culpable de iesa magestad, á la verguenza y á la horca.

— Yo no acuso á la Reyna, dijo Juana; pero ¿por qué me acusan á mí?

—Acusad vos á alguno, replicó el inflexible Breteuil; es el único medio de que salgais bien.

La condesa guardó un prudente silencio, y esta primera entrevista entre ella y el guarda-sellos no produjo el menor resultado.

Corrian entretanto rumores de que se habian presentado pruebas, y de que se habian vendido los diamantes en Inglaterra, donde monsieur Reteaux de Villette fué preso por los agentes de Mr. de Vergennes.

El primer combate que Juana tuvo que sostener fué terrible. Confrontada con Reteaux, á quien suponía aliado suyo hasta la muerte, le oyó con horror confesar humildemente que era un falsificador; que habia escrito un recibo de los diamantes y una carta de la Reyna, falsificando la firma social de los joyeros y la de S. M.

Interrogado por qué motivo habia cometido estos crímenes, respon-

dió que á petición de Mad. de La Motte.

Exaltada esta, furiosa, negó el cargo y se defendió como una leona, pretendiendo no haber conocido ni visto jamás al tal Mr. Reteaux de Villette.

Pero en esto recibió otros dos golpes rudos porque la confundieron dos testigos.

El primero era un cochero, encontrado por Mr. de Crosne, que declaró haber conducido el dia y hora citados por Mr. Reteaux, á una dama vestida con el traje designado á la calle de Montmartre.

Aquella dama misteriosa, que subió al coche en el barrio de Marais, solo podia ser Mad. de La Motte, que vivia en la calle de San Claudio.

Y en cuanto á la familiaridad establecida entre los dos cómplices, ¿como negarla, cuando un testigo afirmaba haber visto un dia antes de

San Luis á Mr. Reteaux de Villette en una silla de posta, de la cual acababa de apearse Mad. de La Motte ?

El testigo era uno de los criados de confianza de Mr. de Cagliostro.

Este nombre hizo á Juana salir de sus casillas: se cebó en acusar al conde, y declaró que él era quien, por medio de sortilegios y encantos, habia fascinado al Cardenal de Rohan, á quien inspiraba *ideas culpables contra la autoridad real*.

Esta era la primera chispa de la acusacion de adulterio.

Mr. de Rohan se defendió defendiendo á Cagliostro, y negó todo cuanto se referia á la Reyna con tanta terquedad, que Juana exasperada articuló por primera vez la acusacion del amor insensato del Cardenal á María Antonieta.

Mr. de Cagliostro pidió al punto y obtuvo ser encarcelado para

responder á todos de su inocencia. Animándose los acusadores y los jueces, como sucede siempre al primer anuncio de la verdad, la opinion pública se declaró al momento en favor del Cardenal y de Cagliostro contra la Reyna.

Entonces fue cuando esta desgraciada princesa, á fin de hacer comprender su perseverancia en seguir el proceso, dejó publicar las declaraciones presentadas al Rey acerca de sus paseos nocturnos, y llamando á Mr. de Crosne le intimó á que declarase lo que sabia.

Este golpe, hábilmente calculado, cayó sobre Juana, y parecia que iba á hundirla para siempre.

El juez de instruccion pidió en pleno consejo á Mr. de Rohan que dijese lo que tuviese por cierto de sus paseos en los jardines de Versalles.

El Cardenal contestó que no sabia mentir, y que se referia al tes-

timonio de Mad. de La Motte.

Esta negó que se hubiesen realizado aquellos paseos con conocimiento suyo.

Declaró por lo tanto que eran falsas las noticias y relaciones que la denunciaban como acompañante, ya de la Reyna ya del Cardenal en los jardines.

Esta declaracion probaba la inocencia de María Antonieta, si hubiera sido posible creer las palabras de una muger acusada de falsaria y de ladrona; pero semejante justificacion aparecia como un acto de complacencia, y la Reyna no pudo sufrir aquella defensa.

Asi, cuando Juana se empeñó en decir en alta voz que nunca habia estado por la noche en el parque de Versailles, y que nada sabia absolutamente de los asuntos particulares de la Reyna y el Cardenal, compareció Oliva, testimonio vivo: hizo cambiar la opinion, des-

truyendo todo el edificio de mentiras levantado por la condesa.

¿Cómo no quedó esta sepultada entre sus ruinas? ¿Cómo se levantó mas enconada y terrible? No podemos explicar este fenómeno con referencia á su voluntad, sino á la influencia fatal que la acercaba á la Reyna.

Golpe terrible fue para el Cardenal su careo con Oliva. Conociendo por último Mr. de Rohan que habia sido infamemente engañado; descubriendo que una aventurera y bribona le habian obligado á despreciar á la Reyna de Francia, á la muger que amaba y que no era culpable; fue no obstante delicado y supo realizar sus nobles pasiones.

El efecto que produjo en Mr de Rohan aquella aparicion seria, en nuestro entender, la escena mas dramática y mas importante del proceso, si no nos viésemos obligados á ser fieles intérpretes de la histo-

ria y á caer con ella entre el horror y la sangre.

Cuando Mr. de Rohan vió á Oliva, Reyna nocturna, y se acordó de la rosa, del apretón de manos y de los baños de Apolo, se puso pálido: de buen grado hubiera vertido toda su sangre á los pies de María Antonieta, si la hubiese visto en aquel momento al lado de la falsa soberana.

¡Cuántas súplicas de perdon, cuántos remordimientos salieron de su alma para ir á purificar las últimas gradas de aquel trono, sobre el cual habia arrojado miradas de desprecio al echarle en cara un amor favorecido y desdeñado!

Pero hasta este consuelo le estaba prohibido, no podia aceptar la identidad de Oliva, sin confesar que amaba á la verdadera Reyna. En efecto, la declaracion de su error era una acusacion, una afrenta. Dejó, pues, que Juana lo negase to-

do, y guardó silencio.

Cuando Mr. de Breteuil quiso con Mr. de Crosne obligar á Juana á esplicarse con claridad, dijo esta:

— El mejor medio de probar que la Reyna no se ha paseado por el parque durante la noche, es presentar una muger que se parezca á ella, y que declare haber estado en los jardines. La muger es esa: el cálculo no es malo.

Esta infame intimación hizo efecto, pues al fin consiguió volver á poner en duda la verdad.

Pero como Oliva, poseida de una inquietud ingénua, confesaba todos los pormenores, ofrecia todas las pruebas y nada omitia, como al fin era mucho mas creida que la condesa, esta recurrió á un medio desesperado y declaró.

Dijo que en efecto habia conducido al Cardenal á Versalles, y que su Eminencia queria ver á la Reyna á todo trance para ofrecerle la

seguridad de su respetuosa adhesion. Confesó esto, porque veia detrás de sí á todo un partido que la abandonaria si prosiguia guardando silencio ó negando: obró de este modo, porque acusar á la Reyna era tener por ausiliar á todos los enemigos de la Reyna, y estos eran numerosos.

Los papeles por consiguiente se cambiaron por la décima vez en aquel infernal proceso; el Cardenal representó el de un juguete; Oliva el de una prostituta sin poesía y sin talento, y Juana el de una intrigante: no podia elegir otro mejor.

Mas como para hacer triunfar este plan infame era preciso que tambien la Reyna representase su papel, se la repartió el mas odioso, el mas abyecto, el mas comprometido para la dignidad real; el de una coqueta irreflexiva, el de una modistuela trainando mistificaciones. María Antonieta se convirtió en Do-

rímenes, conspirando con Frosina contra Mr. de Jourdain.

Juana declaró que aquellos pasos nocturnos tenían lugar con consentimiento de María Antonieta, la que oculta detrás de un seto de ojaranzos, escuchaba riéndose á mas no poder los discursos apasionados y amorosos de Mr. de Rohan.

He aqui el último baluarte á que se acogió aquella ladrona, que ya no sabia donde ocultar su robo: se acogió al manto real, dejando en descubierto el honor de María Teresa y de María Leckzinska.

La Reyna sucumbió bajo el peso de la última acusacion, cuya falsedad le era imposible probar. Y no podia hacerlo porque puesta Juana en el disparador, declaró que publicaria todas las cartas amorosas que Mr. de Rohan habia escrito á la Reyna, pues poseia en efecto dichas cartas, que revelaban una pasion insensata.

No podia hacerlo, porque al paso que afirmaba Oliva el hecho de haber representado, á instigacion de Juana, el papel de la Reyna en el parque de Versailles, no tenia pruebas para decir si alguno espiaba ó no sus citas detras del seto.

Por último, la Reyna no podia probar su inocencia, porque muchas personas de influencia tenian interés en sustituir á la verdad estas infames calumnias.

ULTIMA ESPERANZA PERDIDA.

De la manera con que Juana habia embrollado el asunto, se hacia, segun se ve, imposible descubrir la verdad.

Couvicta irrecusablemente por veinte testimonios de personas dignas de fé de la sustraccion de los diamantes, Juana no habia podido decidirse á pasar por una ladrona vulgar. Necesitaba confundir su deshon-

ra con la deshonra de otro, bien persuadida de que el escándalo de Versalles cubriría tan completamente su crimen, que aun cuando fuese condenada, la sentencia heriria á la Reyna antes que á nadie.

Su cálculo habia salido errado, porque aceptando la Reyna francamente los debates sobre los dos puntos de la acusacion, y habiendo sufrido el Cardenal su interrogatorio, los jueces y el escándalo despojaban á su enemiga de aquella aureola de inocencia que se habia complacido en dorar á fuerza de hipócritas reservas.

Pero ; cosa estraña! el público iba á ver desarrollado un proceso en el cual nadie aparecía inocente, ni aun los mismos á quienes la justicia declarase tales.

Despues de innumerables careos, en los cuales estuvo el Cardenal constantemente tranquilo y atento, aun con la misma Juana, al paso

que esta se manifestó violenta y enemiga de todos, la opinion pública en general y la de los jueces en particular, se formó irrevocablemente.

Todos los incidentes se habian hecho ya imposibles, por lo mismo que habian terminado todas las revelaciones. Juana conoció que no habia producido efecto en el ánimo de sus jueces.

Reasumió, pues, en el silencio del calabozo todas sus fuerzas y todas sus esperanzas.

Todos los que rodeaban ó servian á Mr. de Breteuil aconsejaban á Juana que tuviese consideraciones con la Reyna y acusase sin piedad al Cardenal.

Todos los que tenian relaciones con el Cardenal, cuya familia era poderosa, y los jueces parciales en favor de la causa popular, pedian á Mad. de La Motte que no ocultase la verdad; que desenmascarase

las intrigas de la corte, y por último, que hiciese tanto ruido que no pudiesen menos de temblar las testas coronadas.

Este partido procuraba intimidar á Juana haciéndole presente lo que ella sabia demasiado bien, es decir, que la mayoría de los jueces se inclinaba á favor del Cardenal; que sus esfuerzos serian inútiles en la lucha, añadiendo que, pues se veia ya medio perdida, valia mas que se dejase condenar por el negocio de los diamantes, que hacer frente empeñándose en un crimen de lesa magestad, polvo sangriento y oculto en el fondo de los códigos feudales, que nunca se presenta en la superficie de un proceso, sin que deje de acompañarle la muerte.

Los que así discurrían parecían seguros de la victoria, y lo estaban en efecto. El entusiasmo del pueblo se declaraba con ellos á favor del Cardenal; los hombres admira-

ban su paciencia y las mugeres su discrecion , indignándose los primeros porque le habian engañado tan bajamente , y las segundas porque no creian tal engaño. Para muchos no existia aquella muger llamada Oliva , que tanto se parecia á la Reyna , y que habia declarado todo , ó si existia era porque la Reyna la habia inventado á propósito en tan críticas circunstancias.

Juana reflexionaba en todo esto ; sus mismos abogados la abandonaban y los jueces no disimulaban su aversion , al paso que los Rohan la perseguian encarnizadamente , y la opinion pública se burlaba de ella. Resolvió por lo tanto descargar un golpe , que inspirase inquietud á los jueces , temor á los enemigos del Cardenal , y alimento al ódio público contra Maria Antonieta.

Hé aqui lo que meditaba contra la corte :

Hacer creer que siempre habia

tenido miramientos con la corte, pero que iba á descubrir lo todo, si la obligaban á ello.

En cuanto al Cardenal, necesitaba hacer creer que solo callaba por imitar su delicadeza, pero que en cuanto él hablase, alentada por este ejemplo, hablaría ella tambien, y de este modo pondrian ambos en claro su inocencia y la verdad.

Esto no era realmente mas que un resúmen de su conducta durante la instruccion del proceso; pero es preciso convenir en que todo manjar conocido puede parecer nuevo si se le sazona convenientemente. Hé aqui, pues, lo que imaginó la condesa para poner en planta sus dos estratagemas.

Escribió desde luego á la Reyna una carta, cuyos términos revelaban su carácter y objeto.

«Señora :

«A pesar de todo cuanto tiene

de cruel y de rigurosa mi situacion, no ha salido hasta ahora de mis labios una sola queja. Todos los esfuerzos, de que se ha echado mano para arrancarme declaraciones, solo han contribuido para fortificarme en la resolucion de no *comprometer* jamás á mi soberana.

«No obstante, por muy persuadida que esté de que mi *constancia* y mi *discrecion* deben facilitarme los medios de salir del laberinto en que me hallo, confieso que los esfuerzos de la familia del *esclavo* (asi llamaba la Reyna al Cardenal en los dias de su reconciliacion) me hacen temer que puedo llegar á ser su víctima.

«Un largo cautiverio, careos que no acaban, la vergüenza y la desesperacion de verme acusada de un crimen del cual soy inocente, han debilitado mi valor, y temo tambien que mi conciencia sucumba á tan-

os golpes asestados á un tiempo
contra mí.

«V. M. puede con una sola pa-
abra poner término á tan triste ne-
gocio, por intervencion de Mr. de
Breteuil, que puede presentarlo á
la vista del *ministro* (el Rey) de
una manera, que podrá sugerirle su
inteligencia, sin que *la señora se en-
cuentre comprometida en modo al-
guno*. El temor de que se me obli-
gue á *revelarlo todo* ecsige el paso que
doy, persuadida de que se tendrá
en consideracion los motivos que me
hacen recarrir á él, y de que se da-
rán órdenes para sacarme de la pe-
nosa situacion en que me veo.

«Soy con el mas profundo respe-
to muy humilde y obediente servi-
dora de V. M.

«La condesa de VALOIS, DE LA MOITE.»

Juana, como se ve, todo lo ha-
bia calculado.

O esta carta iba á parar á manos de la Reyna y la atemorizaba por la perseverancia que descubria, en cuyo caso la Reyna cansada de luchar se decidiria á poner á Juana en libertad, supuesto que de su prision y de su causa nada se habia sacado en limpio, ó lo que era mas probable, y lo que prueba el fual de la misma carta, Juana no contaba para nada con ella, lo cual se demuestra fácilmente, porque arrojada de aquel modo en el proceso, la Reyna no podia ya atajar los efectos de este sin condenarse á sí misma. Es, pues, evidente que Juana no creia que su carta fuese entregada á la Reyna.

Sabia que todos sus carceleros eran adictos al gobernador de la Bastilla, es decir, á Mr. de Breteuil; sabia que todos en Francia convertian el negocio del collar en una especulacion política, lo cual no habia acontecido desde la época de

los parlamentos de Mr. de Maupeon. Para, pues, indudable que el mensajero, á quien encargase de la carta, si no la entregaba al gobernador, la guardaria para sí, ó para los jueces de su opinion. Todo, en fin, lo habia dispuesto de modo que, cayendo la carta en cualquiera mano, depositase en ella un gérmen de ódio, de desconfianza y de irreverencia contra la Reyna.

Despues de haber escrito esta carta, redactó otra para el Cardenal en estos términos:

«No concibo, monseñor, por que os obstináis tanto en no hablar claramente. Paréceme que lo mejor que podeis hacer es conceder á nuestros jueces una confianza ilimitada, pues de ese modo nuestra suerte se mejoraria. En cuanto á mí, estoy resuelta á callar, si vos no quereis acompañarme. Pero ¿por qué no habláis? Esplicad todas las circunstan-

cias de ese asunto misterioso, y os juro confirmar todo cuanto digais. Reflexionad bien, señor Cardenal, que si hablo la primera y negais vos despues lo que yo afirmo, me veré perdida, y no me libraré de la venganza de aquella que quiere sacrificarnos.

«Nada debeis temer de mi parte, porque mi adhesion os es conocida. Si sucediese que ella se mostrase implacable, vuestra causa seria siempre la mia, pues todo lo sacrificaria para sustraeros á los efectos de su ira, ó sucumbiriamos juntos».

P. D. «He escrito para ella una carta, que espero la decida, ya que no á decir la verdad, al menos á no perseguirnos por mas tiempo, supuesto que el solo crimen que puede achacarnos, es nuestro error ó nuestro silencio».

Esta carta artificiosa fue entregada por la condesa al Cardenal en su último careo, verificado en el salon de la Bastilla: el Cardenal se ruborizó primero y despues se puso pálido, y se estremeció á vista de tanta audacia, viéndose precisado á retirarse para respirar.

La carta dirigida á la Reyna fue enviada sin perder tiempo al abate Lekel, limosnero de la Bastilla, que habia acompañado al Cardenal al salon, y era adicto á los Rohañ.

— Señor limosnero, le dijo, encargándoos de este mensaje, podeis hacer que se cambien la suerte de Mr. de Rohan y la mia. Enteraos de lo que contiene, pues sois hombre á quien vuestros deberes obligan al secreto. Asi os convencereis de que he llamado á la única puerta por la cual tanto Mr. de Rohan como yo, podamos recibir socorro.

El limosnero se negó á la petición.

— Soy, le respondió, el único eclesiástico que veis aquí, y S. M. creerá que la habeis escrito por mi consejo y que todo me lo habeis confesado. No puedo, pues, consentir en perderme.

— Pues bien, repuso Juana desconfiando del éxito de su astucia, pero queriendo obligar á Mr. de Rohan intimidándolo, decid al señor Cardenal que me queda otro medio de probar mi inocencia, y es el de hacer que se lean las cartas que ha escrito á la Reyna. Me repugnaba valerme de ese medio, pero me resolveré á emplearlo por nuestro común interés.

Y viendo asustado al limosnero por estas amenazas, procuro dejar en sus manos la terrible carta.

— Si se queda con ella, pensaba Juana, estoy en salvo porque en audiencia plena le preguntaré si efectivamente la ha entregado á la Reyna, y pedido la contestacion. Si no

la ha llevado á su destino, está perdida la Reyna, porque la vacilacion de los Rohan probará su crimen y mi inocencia.

Mæs no bien sintió el abate Lekkel entre sus manos el contacto de la carta, cuando la devolvió á la condesa como si abrasase.

—Observad, le dijo Juana pálida de cólera, que nada arriesgais, porque la carta para la Reyna está bajo un sobre dirigido á Mad. de Misery.

—Tanto peor, exclamó Mr. de Lekkel, porque habrá dos personas en el secreto y será mayor el resentimiento de la Reyna. No, no; no admito la comision.

Y apartó de sí la mano de la condesa.

—Mirad, repitió esta, que me poneis en el caso de hacer uso de las cartas de Mr. de Rohan.

—Sea asi, contestó el abate; obrad como gustéis, señora.

¡ Ah! replicó Juana temblando de furor..... ¿ Con que cuando os declaro que la prueba de una correspondencia secreta con S. M. hará caer en el cadalso la cabeza del Cardenal, me contestais: sea así? Está bien; ya os lo he advertido.

Al mismo tiempo se abrió la puerta y apareció el Cardenal severo y enojado.

—Haced caer sobre el cadalso la cabeza de un Rohan, señora, dijo, pues no será la primera vez que la Bastilla haya presenciado semejante espectáculo; pero ya que pensais así, os declaro por mi parte que no me quejaré del patíbulo que reciba mi cabeza, con tal que vea otro en el cual os veais deshonrada como ladrona y falsaria. Venid, abate, venid.

Después de pronunciar estas terribles palabras, volvió la espalda á Juana, y saliendo con el limosnero dejó sumida en la rabia y la deses-

peracion á aquella desgraciada criatura, que no podia hacer un movimiento sin abismarse mas y mas en el fango mortal que debia muy pronto sepultarla.

EL BAUTISMO DEL NIÑO BEAUSIRE.

Mad. de La Motte se habia enredado en todos sus calculos; pero Cagliostro no se equivocó en ninguno.

No bien se encontró en la Bastilla cuando conoció que se le habia suministrado el pretesto de trabajar al fin abiertamente para la ruina de aquella monarquía, que hacia tantos años minaba á la sordina con el iluminismo y otros manejos ocultos.

Seguro de no poder hallarse convencido de cosa alguna, víctima presentada en el momento del desenlace mas favorable á sus miras, cumplió á todos religiosamente sus promesas.

Combinó los materiales de aquella famosa carta fechada en Londres, y que apareciendo un mes despues de la época á que hemos llegado, fue el primer golpe de ariete aplicado á los muros de la vieja Bastilla; la primera hostilidad de la revolucion; el primer choque material, que precedió al 14 de julio de 1789.

En dicha carta, despues de haber desacreditado al Rey, á la Reyna, al Cardenal y á los agiotistas públicos, desacreditaba tambien á Mr. de Breteuil, personificacion de la tiranía ministerial: por último nuestro gran demoleedor se espresaba asi:

—«Sí, lo repito libre despues de cautivo, no hay crimen que no se espíe por seis meses de Bastilla. Me

preguntan si algun dia volveré á Francia: Seguramente, he contestado, «con tal que la Bastilla se convierta en un paseo público». ¡ Quiéralo Dios! Franceses, teneis todo lo que necesitais para ser dichosos: suelo fecundo, hermoso clima, corazones sensibles, carácter alegre, amabilidad y genio para todo; no conoceis rivales en el arte de agradar, ni maestros en los demas: solo os falta una cosa: el vivir seguros de que podeis pasar la noche en vuestras camas cuando sois inocentes.»

Tambien Cagliostro habia cumplido su palabra á Oliva, y esta por su parte se mostró religiosamente fiel pues no se le escapó ni una palabra que pudiese comprometer á su protector. Sus declaraciones fueron terribles para Mad. de La Motte pues descubrió de un modo claro é irrecusable su participacion en una mistificacion inocente preparada á un caballero desconocido, que le habian

designado con el nombre de Luis.

Durante el tiempo que habia trascurrido para los cautivos entre cerrojos é interrogatorios, Oliva no habia vuelto á ver á su querido Beau-sire; pero este no la habia abandonado del todo, y como va á notarse, conservaba de su amante el recuerdo que deseaba Dido cuando decia soñando: ¡Ah! Si consiguiera yo ver jugar sobre mis rodillas á un pequeño Ascanio.

En el mes de mayo de 1786 un hombre esperaba entre un grupo de pobres en las gradas del atrio de San Pablo, situado en la calle de San Antonio. Parecia inquieto, azorado, y miraba, sin quitar la vista, en direccion de la Bastilla.

Colocóse á su lado un hombre de larga barba, el criado aleman de Mr. de Cagliostro, aquel á quien Bálamo empleaba como chambelan en sus misteriosas recepciones de la antigua casa de la calle de San Claudio.

Este hombre calmó la impaciencia de Beausire diciéndole:

— Esperad, esperad, que ya vendrán.

— ¡ Ah! exclamó el primero. ¿ Sois vos ?

Y como la frase *ya vendrán* no satisfizo mucho á nuestro hombre inquieto, que proseguia gesticulando siempre, dijole el aleman al oido:

— Señor de Beausire, vais á meter tanto ruido, que al fin nos verá la policía..... Mi amo os habia prometido noticias y yo os las traigo.

— Dádmelas, dádmelas, amigo mio.

— Mas bajo..... La madre y el niño siguen bien.

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamó Beausire en un transporte de alegría imposible de describir..... ¡ Ha parido! se ha salvado!

— Sí, pero que no nos vean ahora juntos.

— ¿ Es niña ?

—No, señor; niño.

—Tanto mejor, amigo mio. ¡Ah! ¡qué feliz soy! ¡qué dichoso! Dad de mi parte un millon de gracias á vuestro amo, y decidle que disponga de mi vida y de cuanto poseo.

—Está bien, señor de Beausire; le diré todo eso cuando le vea.

—Amigo mio, por qué me deciais hace poco.... pero tomad un par de luises.

—No; yo nada acepto, como no sea de mi amo.

—Perdonad; no he querido ofenderos.

—Lo creo, lo creo ¿Pero qué queriais saber?...

—Os preguntaba por qué me habeis dicho: *Ya vendrán*. ¿Quién ha de venir?

—Quería hablar del cirujano de la Bastilla y de la señora Chopin, la comadrona, que han asistido á la señorita Oliva.

—¿Y han de venir por aquí? Para qué?

—Para bautizar al niño.

—¿Con que voy á ver á mi hijo? exclamó Beausire dando un respingo como si tuviese convulsiones. Decís que voy á ver el hijo de Oliva? Y aquí...

—Aquí... ahora mismo; pero moderaos, os lo suplico, pues de lo contrario los dos ó tres agentes de Mr. de Crosne que creo se ocultan entre los harapos de esos mendigos, os descubrirán, adivinando al mismo tiempo que habeis tenido comunicacion con el preso de la Bastilla. Os perdereis y comprometeréis á mi amo.

—¡Oh! exclamó Beausire lleno de respeto y de reconocimiento: antes moriré que pronunciar una palabra que pueda perjudicar á mi bienhechor. Me ahogarán si es necesario, pero nada sacarán de mí. ¡Ah! todavía no vienen.

—Paciencia.

Beausire se acercó al aleman.

—¿Y qué tal? le dijo juntando las manos. ¿Es dichosa? ¿Se encuentra bien?

—Muy bien, contestó el otro. ¡Oh! Hé ahí un fiacre que se acerca.

—Sí, sí.

—Y se detiene...

—Veo faldillas blancas... encajes.

—Las mantillas de la criatura.

—¡Dios mio!

Beausire tuvo que apoyarse contra una columna para no vacilar, cuando vió salir del fiacre á la comadrona, al cirujano y á un llavero de la Bastilla, que iba á ser testigo en la ceremonia.

Cuando pasaron estas personas se movieron los pobres dando principio á sus acostumbradas lamentaciones.

El padrino y la madrina dieron de codo á aquellos miserables, al que un extraño les distribuía limos-

nas vertiendo lágrimas de gozo.

A poco entró en la iglesia el sencillo cortejo, y Beausire hizo lo mismo, colocándose con los curas y los fieles curiosos en el mejor sitio de la sacristía, donde iba á celebrarse el santo sacramento del bautismo.

Reconociendo el sacerdote á la comadre y al cirujano, que muchas veces habian recurrido á su ministerio, en circunstancias análogas, les dirigió un saludo amistoso, acompañado de una sonrisa.

Beausire saludó y se sonrió como el sacerdote.

En seguida se cerró la puerta de la sacristia, y cogiendo el párroco la pluma, empezó á escribir en el registro las frases acostumbradas que constituyen el acta del bautismo.

Cuando se pidieron los nombres del recién nacido, dijo el cirujano:

—Es un niño: he aquitodo lo que sé

Y cuatro carcajadas resonaron al

mismo tiempo , las cuales parecieron
Beausíre poco respetuosas.

—Hay que ponerle un nombre cualquiera , repuso el párroco.

—En efecto , la señorita desea que se llame Santos.

—Todos lo son , observó riéndose de su propia ocurrencia , que produjo nueva hilaridad.

Beausire empezó á perder la paciencia , pero la prudente influencia del alemán le contenía.

—Corriente , dijo el sacerdote ; con ese nombre y con todos los santos por patronos , bien puede pasarse sin padre. Escribamos : «Nos ha sido presentada una criatura del sexo masculino , que nació ayer en la Bastilla : es hijo de Nicolasa Oliva Legay y de padre desconocido.

Beausire se adelantó furioso , detuvo el brazo del cura con fuerza , y exclamó :

—Santos tiene un padre , como tiene una madre ; sí , un tierno pa-

dre que no renegará su sangre. Escribid , pues , que Santos , nacido ayer de la señorita Nicolasa Legay , es hijo de Juan Bautista Santos de Beausire , aquí presente.

Grande fue el asombro del cura , del padrino y de la madrina. La pluma se deslizó de la mano del primero , y el niño estuvo á pique de caer de los brazos de la comadre.

Beausire le recibió en los suyos y cubriéndolo de besos imprimió en la frente del parbulito el primer bautismo , el mas sagrado en este mundo despues del que viene de Dios , el bautismo de las lágrimas paternales.

Todos los asistentes , no obstante hallarse muy acostumbrados á presenciar escenas dramáticas y del escepticismo general de los verdaderos volterianos , se enternecieron. Unicamente el sacerdote conservó su serenidad y puso en duda la

paternidad de Beausire.

Pero, este adivinando la dificultad, depositó en las fuentes bautismales tres luises de oro, los cuales, mejor que sus lágrimas, establecieron su derecho de padre haciendo brillar su buena fe.

El cura le hizo un saludo, recogió las setenta y dos libras, y borró las palabras *de padre desconocido* que habia escrito en el libro.

—Debo deciros, caballero, observo únicamente, que como la declaracion del señor cirujano de la Bastilla y de la señora Chopin ha sido formal, espero que escribais vos mismo y certifiqueis que os declarais padre del niño.

—¡Yo! exclamó Beausire ébrio de alegría: lo escribiria con mi sangre.

Y empuñó la pluma con entusiasmo.

—Cuidado, le dijo en voz baja el llayero Gullón, que no habia olvi-

dado su papel de hombre escrupuloso; creo que vuestro nombre suena mal en ciertos sitios, y que puede haber peligro en escribirlo en los registros públicos con una fecha que puede probar vuestra presencia aquí y vuestras relaciones con la acusada.

— Gracias por vuestro consejo, amigo, replicó Beausire con orgullo, pues revela á un hombre honrado y vale estos dos luises que os ofrezco; pero eso de negar al hijo de mi muger...

— ¿Es en efecto vuestra muger? preguntó el cirujano.

— ¿Legítima? añadió el cura.

— Que Dios le conceda la libertad, contestó Beausire temblando de placer, y al día siguiente Nicolasa Legay se llamará de Beausire, como su hijo y como yo.

— Entretanto os esponeis, observó Creyon, pues creo que os buscan.

—No seré yo quien os haga traicion, dijo el cirujano.

—Ni yo, añadió la portera.

—Ni yo, murmuró el cura.

—Y aun cuando alguno me hiciese traicion, repuso Beausire con la exaltacion de un mártir, sufriré hasta la tortura por tener el consuelo de reconocer á mi hijo.

—Si le diesen tormento, dijo en voz baja Guyon á la señora Chopin, no seria por declararse padre del inocente Santos?

Y despues de esta chanzoneta, que hizo reir á la buena muger, se procedió en toda forma á estender en el registro la nota de reconocimiento del niño.

Beausire escribió su declaracion en términos elevados, aunque algo pedantes, como son las relaciones de que se envanece todo autor.

La leyó, al punto, la firmó y la hizo firmar á las cuatro personas presentes.

Despues de leido y confrontado todo por segunda vez, abrazó á su hijo, debidamente bautizado, le puso diez luises entre las mantillas, le colgó una sortija al cuello, regalo destinado á la parida, y fiero como Xenofonte en su famosa retirada, abrió la puerta de la sacristia decidido á no valerse de la menor estratagemata ni tomar la menor precaucion para librarse de los esbirros, si por desgracia los habia tan desnaturalizados que fuesen capaces de prenderle en aquel momento.

Los grupos de mendigos no habian abandonado la iglesia, y si Beausire hubiese podido examinarlos con algun sosiego, tal vez hubiera reconocido entre ellos al positivo; pero ninguno de ellos se movió, antes al contrario, la nueva distribucion hecha por Beausire fue recibida con infinitos Dios os lo pague, de modo que el dichoso padre salió de san Pablo con todas las aparien-

cias de un caballero venerado y bendecido por todos los pobres de la parroquia.

En cuanto á los testigos de la ceremonia, se retiraron poco despues y entraron en su fiacre asombrados de aquella aventura.

Beausire los observó desde la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine, los vió subir al carruaje, envió dos ó tres besos á su hijo, y despues que su corazon hubo respirado completamente, despues que el fiacre desapareció de su vista, juzgó que no debia tentar á Dios ni á la policia y se retiró á su asilo, que solo él, Cagliostro y Mr. de Crosne conocian.

Todo esto significa que tambien Mr. de Crosne habia cumplido á Cagliostro su palabra y habia dispuesto que no inquietasen á Beausire.

Cuando el niño volvió á entrar en la Bastilla, y la señora Chopin

refirió la aventura de la iglesia á Oliva, se colocó esta en el dedo mas grueso el anillo de Beauisire y empezó á llorar: abrazando despues al niño, para quien ya se buscaba una nodriza, dijo entre sollozos:

En otro tiempo Gilberto, discípulo de Mr. Rousseau aseguraba que una buena madre dede criar á su hijo: yo criaré al mio, pues á lo menos quiero ser buena madre y esto tendré adelantado.

EL BANQUILLO.

Terminados por fin los debates, habia llegado el dia en que las conclusiones del procurador general iban á provocar el fallo del tribunal del parlamento.

Los acusados, á escepcion de Mr. de Rohan, habian sido trasladados á la Consergeria, para que estuviesen mas cerca de la sala de audiencia, que se abria todos los dias

á las siete de la mañana.

La actitud de los acusados fue, en presencia de los jueces presididos por el primer magistrado Aligre, la misma que durante la instruccion.

Oliva se manifestó franca y tímida; Cagliostro tranquilo, superior y radiante á veces de aquel místico esplendor, que se complacia en afectar.

Villette estaba avergonzado, cabizbajo y llorando.

Juana, insolente, con la vista airada, siempre amenazadora y venenosa.

El Cardenal aparecia sencillo, pensativo y como herido de atonia.

Muy pronto se habia hecho Juana á las costumbres de la Conserjería, y habia tambien cautivado con sus melosos alhagos y amables confiancias las buenas gracias de la carcelera del palacio, de su marido y de su hijo.

De este modo se habia proporcionado ciertas comodidades facilitándose las comunicaciones: siempre saca mas partido la zorra que el perro; el intrigante lleva en esto grandes ventajas al hombre honrado.

Los debates nada nuevo revelaron á la Francia, siempre se trataba de aquel collar robado con audacia por una de las dos personas acusadas, á pesar de que una y otra se echaban recíprocamente en cara este crimen.

El proceso, pues, consistia en decir cuál de las dos era culpable.

La inclinacion que siempre dirige á los franceses, y que les dirigia mucho mas en aquel tiempo hácia los extremos, habia adivinado otro proceso ademas del verdadero.

Tratábase de saber si la Reyna habia obrado bien haciendo prender al Cardenal, y acusándole de haberse propasado temerariamente.

Para todos los que en Francia se ocupaban en política, esta parte de la causa principal constituía todo el proceso. Había creído poder decir á la Reyna Mr. de Rohan lo que le había dicho y obrar en su nombre, como lo había hecho? Había sido en efecto el agente secreto de Maria Antonieta, agente negado por esta desde el momento en que el asunto empezó á traslucirse? En una palabra, en aquella causa incidental, había el Cardenal obrado de buena fé con la Reyna, á guisa de íntimo confidente?

Si efectivamente había obrado de buena fé, la Reyna era culpable de aquella intimidación, aunque inocente, que había negado y que Mad. de La Motte insinuaba haber existido. Por otra parte, ¿son inocentes á los ojos de la opinion pública unas intimidaciones que se niegan á un marido, á unos ministros y á la nacion entera?

Tal era el proceso que las conclusiones del procurador general iban á dirigir hácia su objeto y hácia la moral verdadera.

Dicho procurador general tomó la palabra.

Era órgano de la corte, hablaba en nombre de la dignidad real desconocida, ultrajada, y defendia el gran principio de la inviolabilidad de la corona.

El procurador general se hacia cargo de la causa en su totalidad respecto á ciertos acusados, y desentrañaba el proceso incidental, por lo que arrojaba contra el Cardenal. No podia admitir ni una sombra de culpabilidad relativa á la Reyna en el asunto del collar, y por consiguiente recaia toda entera sobre la frente de Mr. de Rohan.

Concluyó pues inflexiblemente diciendo:

La pena de galeras para Villette.

La de marca , azotes y reclusion perpétua en el hospital para Juana de La Motte.

Declaró que Mr. de Caglisotro debia considerarse como no incluido en el proceso.

Item : que Oliva debia ser puesta en libertad.

Exigia que el Cardenal fuese obligado á confesar su ofensiva temeridad respecto á la magestad real, confesion que le acarrearía el ser inmediatamente desterrado de la presencia del Rey y de la Reyna , y despojado de sus cargos y dignidades.

La conclusion fiscal llenó de indecision al tribunal y de terror á los acusados. Esplicábase en ella con tal vehemencia la voluntad real , que veinte y cinco años antes , cuando ya los parlamentos habian comenzado á sacudir el yugo y revindicar su prerogativa , las peticiones del Rey hubieran parecido moderadas al

elo y respeto de los jueces por el principio, todavía venerado, de la infalibilidad del trono.

Pero solo catorce consejeros adoptaron la opinion completa del procurador general, y desde entonces se dividió la asamblea en pareceres distintos.

Procedióse al último interrogatorio, formalidad casi inútil con semejantes acusados, pues su único objeto era provocar nuevas declaraciones antes de que se pronunciase la sentencia, y no debía esperarse paz ni tregua entre los encarnizados enemigos que luchaban hacia tanto tiempo, y pedían, no tanto su propia absolucion como la condena de la parte contraria.

Era costumbre que el acusado compareciese ante sus jueces, sentándose en un banquillo de madera, puesto humilde, bajo, vergonzoso, deshonrado por el contacto de los

reos que desde él habian pasado al cadalso.

En dicho banquillo fue á sentarse el falsificador Villette, que pidió perdon con lágrimas y sollozos.

Declaró todo lo que ya sabemos; esto es, que era culpable de falsificacion y de complicidad con Mad. de La Motte, añadiendo que sus pesares y sus remordimientos eran ya para él un suplicio capaz de dasarmar á sus jueces.

Aquel hombre á nadie interesaba, y todos lo consideraron como un gran bribon. Despedido por el tribunal, se dirigió gimoteando á su calabozo de la Conserjeria.

Despues de él se presentó en la entrada del salon Mad. de La Motte, conducida por el carcelero Freymyn.

Llevaba manteleta, camisolin de lino-batista y gorra sencilla de gasa sin cintas: una especie de velo blanco le cubria el rostro, y sus cabe-

los no tenían polvos. Su presencia produjo viva impresion en la asamblea.

Acababa de sufrir el primero de los ultrajes que la estaban reservados: la habian hecho pasar por la escalerilla, como á los criminales vulgares.

El calor del salon, el ruido de las conversaciones, el movimiento de las cabezas, que ondulaban por todas partes, empezaron á turbarla; sus ojos vacilaron un momento, como para acostumbrarse á las miradas de todos los espectadores.

Entonces el mismo carcelero que la llevaba de la mano la condujo con bastante rapidez al banquillo, colocado en el centro del hemiciclo, y semejante á aquella pieza siniestra que se llama tajo, cuando aparece sobre un cadalso, en vez de ostentarse en una sala de audiencia.

A la vista del asiento infamante

que la destinaban, cuando tenia el orgullo de llamarse Volois y estaba entre sus manos el destino de una Reyna de Francia, Juana de La Motte palideció y lanzó una mirada de hiena, como para intimidar á los jueces, que osaban hacerle aquel ultraje; pero encontrando por todas partes voluntades decididas y curiosidad, en vez de misericordia, devoró su indignacion furiosa, y se sentó, por no dar á entender que caia sobre el banquillo.

Se notó en el interrogatorio que revestia sus respuestas con toda la vaguedad necesaria, para que los adversarios de la Reyna pudiesen sacar las mayores ventajas en defensa de sus opiniones. Nada precisó mas que las aseveraciones de su inocencia, y obligó al presidente á que la dirigiese una pregunta sobre la existencia de aquellas cartas, que segun decia, habia escrito el Cardenal á la Reyna, y de las que la

Reyna hubiese podido escribir al Cardenal.

Todo el veneno de la serpiente iba á destilarse en la contestacion á aquella pregunta.

Juana empezó á protestar su deseo de no comprometer á la Reyna, añadiendo que nadie como el Cardenal podia responder á lo que se la interrogaba.

— Invítadle dijo á que presente esas cartas ó copias de ellas, á fin de que su lectura satisfaga vuestra curiosidad. Por mi parte, no podré afirmar si esas cartas son del Cardenal á la Reyna ó de esta al Cardenal: las encuentro demasiado libres y familiares para que las haya escrito una soberana á su súbdito, y son al mismo tiempo demasiado irreverentes, consideradas como de un súbdito á su Reyna.

El silencio profundo, terrible, con que fue acogido este ataque, debió probar á Juana que solo habia

inspirado horror á sus enemigos, espanto á sus partidarios y desconfianza á sus jueces imparciales. Abandonó el banquillo con la dulce esperanza de que el Cardenal, á ejemplo suyo, se sentaría en él: esta venganza le bastaba, por decirlo así. Pero cuál fue su sorpresa, cuando, volviendo el rostro para contemplar por última vez aquel asiento de oprobio, en que obligaba á humillarse á un Rohan, vió que el banquillo habia desaparecido! En efecto, el tribunal habia ordeuado á un ughier que lo quitase y pusiese en su lugar un sillón.

Un rugido de cólera se escapó de su pecho; salió furiosa del salón y se mordió las manos con una rabia y frenesí espantosos.

Su suplicio empezaba entonces. El Cardenal se adelantaba lentamente; acababa de apearse de su carrosa y se habia abierto la puerta grande para recibirle.

Dos ugieres y dos carceleros le acompañaban, y caminaba á su lado el gobernador de la Bastilla.

A su entrada en el salon circuló por los bancos del tribunal un murmullo de simpatia y de respeto al cual contestaron desde la parte exterior grandes aclamaciones. Era el pueblo que saludaba al acusado y lo recomendaba á sus jueces.

El príncipe Luis estaba pálido y muy conmovido. Iba de ropa talar de ceremonia, y se presentó con el respeto y condescendencia debidos á sus jueces por un acusado que acepta su jurisdiccion y la invoca.

Señalaron el sillón al Cardenal, cuyas miradas tenían miedo de examinar el recinto, y habiéndole dirigido el presidente un saludo y algunas frases tranquilizadoras, todos los individuos del tribunal le pidieron que se sentase, con una amabilidad, que aumentó la palidez y la emocion del acusado.

Cuando tomó la palabra, su voz temblorosa, apagada por los suspiros, sus errantes miradas, y su continente humilde, avivaron profundamente la compasion del auditorio. Se esplicó pausadamente, presentó excusas mas bien que pruebas, súplicas mas bien que razonamientos, y deteniéndose de pronto, á fuer de discreto, no obstante su reconocida elocuencia, produjo, por medio de aquella parálisis de su talento y de su valor, mas efecto que el que le hubieran producido la mas hábil defensa y los mas fuertes argumentos.

Despues compareció Oliva: para esta infeliz volvió á colocarse el banquillo. Muchos se estremecieron al contemplar á aquella muger, vivo retrato de la Reyna, en el asiento vergonzoso que habia ocupado Juana de La Motte: la imágen de María Antonieta, Reyna de Francia en el banquillo de los crimina-

les , asustó á los mas ardientes perseguidores de la monarquia. El mismo espectáculo entusiasmó á otros , como la sangre que se hace probar al tigre para animarlo al combate.

Decíase en voz baja que la pobre Oliva acababa de separarse del niño que criaba, y en efecto, cada vez que se abria la puerta, el llanto del hijo de Beausire abogaba dolorosamente en favor de su madre.

Despues de Oliva entró Cagliostro, el menos culpable de todos. No se le invitó á sentarse, á pesar de que el sillón permanecia junto al banquillo.

El tribunal temia oír la defensa de Cagliostro: una fórmula de interrogatorio interrumpido por el *está bien* del presidente Aligre, satisfizo las exigencias de la formalidad.

Entonces anunció el tribunal que quedaban cerrados los debates, y

que iba á comenzar la deliberacion. La multitud se retiró lentamente por las calles y los muelles: proponiéndose volver por la noche, para oir la sentencia que segun se decia, no tardaria en pronunciarse.

UNA REJA Y UN ABATE.

Terminados los debates despues del interrogatorio y de las emociones producidas por el banquillo, todos los presos fueron alojados por aquella noche en la Consergería.

La multitud, como hemos dicho, acudió desde el anochecer en grupos silenciosos, aunque animados, á la plaza del palacio, para recibir la noticia de la sentencia en cuanto se pronunciase.

En París, cosa estraña! los grandes secretos son precisamente aquellos que el público conoce, antes que brillen en su completo desarrollo.

La multitud, pues, esperaba, saboreando entretanto los rumores, con que alimentaban su curiosidad, los que bebían las primeras nuevas bajo el primer arco del *Pont-au-Change*.

Hacia calor: las nubes de Junio se amontonaban pesadamente unas sobre otras, como penachos de humo espeso: el cielo brillaba en el horizonte con fuegos pálidos y continuos.

Mientras el Cardenal, á quien se habia permitido pasearse en los terrados que unian las torrecillas, se entretenía con Cagliostro hablando del éxito probable de su mútua defensa; en tanto que Oliva en su encierro acariciaba á su pequeñuelo y lo dormía en sus brazos, y que

Reteaux, con los ojos secos y las uñas entre los dientes, contaba mentalmente los escudos prometidos por Mr. de Crosne, comparándolos á la suma total de los meses de cautiverio que le ofrecia el parlamento; retirada Juana en la habitacion de Mad. Hubert, muger del conserje, procuraba distraer su acalorada imaginacion con un poco de ruido y movimiento.

Aquella habitacion, alta de techo, vasta como una gran sala, embaldósada como una galeria, recibia la luz por una inmensa ventana en ogiba que daba sobre el muelle. Los vidrios pequeños, que la cubrian, interceptaban la mayor parte de la claridad, y como si en aquella mansion, habitada por personas libres, asustase la libertad, una enorme reja de hierro, colocada en la parte exterior é inmediata á los vidrios, aumentaba la oscuridad por la multitud de barrotes de hierro y

enlaces de plomo que sujetaban la reja á la ventana.

Por otra parte, la luz que pasaba por este doble tamiz, se dulcificaba con las miradas de los moradores. Nada tenia en efecto del resplandor insolente del sol libre, ni podia por lo mismo ofender á los que no podian salir. En todas las cosas, aun las mas malas que el hombre ha hecho, con tal que el tiempo, ese regulador intermedio entre el hombre y Dios, haya pasado sobre ellas, hay armonías que mitigan las penas y permiten una transicion entre el dolor y la sonrisa.

Desde su reclusion en la Conserjeria, pasaba todo el dia en aquella habitacion Mad. de La Motte, acompañada de la señorita Hubert, de su hijo y de su marido. Ya hemos dicho que tenia la imaginacion viva y un carácter seductor; se habia hecho amar de aquellas gentes

y habia tenido bastante talento para probarles que la Reyna era una gran culpable. Tambien habia de llegar el dia, en que compadecida otra carcelera en aquella misma sala, de las desgracias de una presa, la creeria inocente y buena, al verla sufrir con resignacion sus infortunios; dia, en que aquella presa seria la Reyna.

Mad. de La Motte iba, pues ella misma lo dice, á olvidar, en compania de la familia del conserje y de sus conocidos, sus melancólicas ideas, pagando con buen humor las complacencias que tenian con ella. Aquel dia, en que se habian cerrado los debates, al volver Juana al lado de sus únicos amigos, los halló cuidadosos y como cortados.

Una variacion cualquiera no era cosa indiferente para aquella muger astuta; el menor incidente animaba su esperanza y todo lo alarmaba. En vano procuró sin embargo arrancar

la verdad á la señora Hubert: esta y los suyos se atuvieron á vagas generalidades.

Juana divisó entonces arrimado á la chimenea á un abate que solia frecuentar de vez en cuando la conserjeria: era un antiguo secretario del preceptor de Mr. de Provenza, hombre sencillo en sus maneras, cáustico con moderacion, que alejado hacia mucho tiempo de la morada de la Sra. Hubert, habia vuelto á ella con mas constancia, desde la entrada de Mad. La Motte en la Conserjeria.

Tambien estaban con él dos ó tres empleados superiores de palacio: todos miraban mucho á la condesa, pero hablaban poco.

Ella tomó alegremente la iniciativa, diciendo:

—Segura estoy de que allá arriba hablan con mas calor que nosotros.

Un débil murmullo de asenti-

miento, escapado al conserje y á su muger fue la única respuesta que obtuvo su provocación.

— ¿Allá arriba? contestó por fin el abate haciéndose el ignorante.

¿Dónde, señora condesa?

— En la sala en que deliberan mis jueces, repuso Juana.

— ¡Oh! sí..... sí.... murmuró el abate.

Y volvió á reynar el silencio.

— Creo, dijo la condesa, que la actitud mia de hoy ha producido buen efecto. Algo sabreis de eso; no es verdad?

— ¡Oh! sí, señora, dijo con timidez el conserje.

Y se levantó con el objeto de no seguir la conversacion.

— ¿Qué os parece, señor abate? preguntó Juana á este. No os figurais que mi asunto se presenta bien? Ya sabeis que no se presenta prueba alguna...

—Es verdad, señora, contestó el abate, y por lo mismo debeis esperar.

—¿Lo creeis asi?

—Sin embargo, supongamos que el Rey...

—¡Y qué! ¿Qué hará el Rey? dijo Juana con vehemencia.

—¡Eh, señora! El Rey puede querer que no le den un mentis.

—En ese caso hará condenar á Mr. de Rohan, lo cual me parece imposible.

—En efecto, muy difícil es eso, respondieron todos.

—Es que... en esta causa, quien dice Mr. de Rohan dice yo.

—¡Oh! No..... no; os haceis ilusiones, señora. Habrá un acusado absuelto..... Espero que seais vos y asi lo pienso; pero solo habrá uno porque el Rey necesita un culpable, pues si no ¿qué seria de la Reyna?

—Cierto es, murmuró Juana, ofen-

dida porque la contradecian, aun cuando solo se trataba de una esperanza afectada por su parte. El Rey necesita un culpable: pues bien; tan bueno es Mr. de Rohan como yo.

Un silencio terrible para la condesa sucedió á estas palabras.

El abate fue el primero que lo rompió.

— Señora, dijo; el Rey no guarda rencor, y una vez satisfecha su primera cólera, no vuelve á pensar en lo pasado.

— ¿Y qué entendéis por cólera satisfecha? dijo Juana con ironía. Neron y Tito tambien tenian esa especie de cólera.

— Una condena cualquiera, se apresuró á decir el abate, es una satisfaccion.

— Cualquiera..... exclamó Juana; caballero, esa es una palabra terrible... demasiado vaga. Cualquiera... eso lo dice todo.

— ¡Oh! solo hablo de la reclusion en un convento, replicó friamente el abate: es una idea que el Rey habrá acogido, en vista de los rumores que circulan, idea que habrá creído muy favorable para vos.

Juana miró á aquel hombre con un terror, que abrió en seguida camino á la mas furiosa exaltacion.

— ¡La reclusion en un convento! Es decir, una muerte lenta, ignominiosa por sus pormenores; una muerte que se asemejará á un acto de clemencia. La reclusion en el *in pace*, ¿no es esto? Los tormentos del hambre y del frio! ¡Las correcciones! No: basta ya de suplicios; basta de vergüenza, basta de desgracias para la inocencia, cuando la muger culpable es libre, poderosa..... Venga la muerte; pero una muerte elegida por mí, por el libre arbitrio que tengo de castigarme, ya que he nacido en un mundo tan infame.

Y sin escuchar reflexiones ni súplicas; sin permitir que la detuviesen, empujando al conserje, al abate y á la Sra. Hubert, corrió á un aparador para coger de él un cuchillo.

El jarron se hizo añicos, quedando un pedazo entre las manos de aquella furia: la sangre corrió de su frente por las grietas que habia hecho en la piel. La señora Hubert se arrojó llorando en sus brazos: sentáronla en un sillón y la inundaron de agua de olor y de vinagre. Se habia desmayado despues de violentas convulsiones.

Cuando volvió en sí, creyó el abate que iba á ahogarse.

—Ya se vé, dijo. esa reja interceptaba la luz y el aire. ¿No se podrá hacer de modo que respire un poco esta pobre muger?

La señora Hubert, olvidándolo todo, corrió á un armario inmediato á la chimenea, sacó de él una

llave, que le sirvió para abrir la reja y al punto entraron en la habitacion el aire y la vida.

— ¡Ah! dijo el abate; no sabia yo que se abria la reja con una llave. ¿Para qué son tantas precauciones?

— Tal es la órden, contestó la señora Hubert.

— Ya comprendo, repuso el abate con marcada intencion: esa ventana solo está á unos siete pies del suelo y cae al muelle. Si los presos se escapasen del interior de la Conserjería y viniesen por vuestra habitacion conseguirian la libertad sin encontrar un carcelero ni un centinela.

— Precisamente, observó la señora Hubert.

El abate miró á hurtadillas á Mad. de La Motte y conoció que todo lo habia oido y entendido, que se habia sobresaltado, y que despues de escuchar las palabras del abate habia dirigido la vista al armario, cerrado

únicamente por un boton de cobre, en el cual se guardaba la llave de la reja.

Esto le bastó y parecióle que su presencia ya no era útil allí: por lo tanto se despidió.

Pero volviendo atras, como los personajes de comedia que se van y no desamparan la escena, añadió:

— ¡Cuánta gente hay en la plaza! Toda la multitud se agolpa con tal prisa hácia este lado del palacio, que no se ve un alma en el muelle.

El conserge se inclinó hácia afuera y dijo:

— Es cierto.

— Y no se cree, prosiguió el abate, como si Mad. de La Motte no pudiese oirle, á pesar de que le oia perfectamente, que se pronunciará esta noche la sentencia? ¿O será mañana?

— Se me figura, respondió el conserge, que la pronunciarán mañana por la mañana.

—Pues bien : debeis procurar que descanse un poco esta pobre Mad. de La Motte, porque despues de tantos sacudimientos necesita reposo.

—Nos retiraremos á nuestro cuarto, dijo el buen conserge á su muger, y la dejaremos aqui sobre el sillon, á no ser que prefiera acostarse.

Juana abrió los ojos con disimulo y encontró la mirada del abate, que esperaba su respuesta, pero ella fingió que volvía á dormirse.

Entonces se marchó el abate, y el conserge y su muger hicieron lo mismo, despues de haber cerrado suavemente la reja y metido la llave en el armario.

No bien se encontró sola Juana, cuando abrió los ojos.

—El abate me aconseja que huya, se dijo. Se puede indicar mas claramente la necesidad de la evasion y el medio de conseguirla? Amena-

zarme con una condena, antes de saberse la sentencia de los jueces... esto solo puede hacerlo un amigo, que desea verme recobrar la libertad, y no un bárbaro, que quiere insultarme.

Para huir no tengo mas que dar un paso: abrir el armario, en seguida la reja, y salir al muelle, que está desierto.

Desierto... si; no hay en él un alma, y la misma luna se oculta en el cielo.

¡Huir! ¡Oh! La libertad; la dicha de encontrar mis riquezas... la felicidad de devolver á mis enemigos todo el mal que me han hecho.

Corrió al armario y sacó la llave, dirigiéndose en seguida á la cerradura de la reja.

De pronto creyó ver en la línea negra que formaba el parapeto del puente, una forma negra, que cortaba su uniforme regularidad.

—Un hombre... dijo: en la som-

bra... tal vez el abate... vela sobre mi evasión, y acaso me espera para darme ayuda. ¡Oh! ¡Y si fuese una celada! si despues de bajar al muelle soy detenida... La evasión es la confesion del crimen, ó al menos la confesion de que se teme. El que se escapa, huye de su conciencia. ¿Pero quién es ese abate? Creo que pertenece á la casa del conde de Provenza... Mas quién me asegura de que no es un emisario de la Reyna ó de los Rohan? Cuánto darian ellos porque yo cometiese una imprudencia... Sí; allí hay alguno que observa mis pasos...

¡Hacerme huir algunas horas antes de pronunciarse la sentencia! ¿Por qué no lo han procurado antes si verdaderamente querian servirme? ¡Dios! ¡Quién sabe si mis enemigos habrán tenido ya noticia de que mis jueces me dejan libre! ¡Quién sabe si desean detener esta decision, este golpe tan terrible para la Rey-

na, con una prueba ó una confesion de mi culpabilidad! ¡ Oh! mi fuga les suministraria esa prueba. Pues bien: me quedaré.

Desde aquel momento quedó Juana convencida de que acababa de libertarse de un gran peligro. Sonrióse, irguió su astuta y atrevida cabeza, y con paso firme volvió al armario y dejó en él la llave de la reja.

Sentándose despues en el sillón, entre la luz y la ventana, se puso á observar todo fingiendo que dormia, y vió la sombra de aquel hombre que acechaba, y que cansado sin duda de esperar, acabó por levantarse y desaparecer á las dos y media de la mañana, hora en que empezaban á distinguirse los primeros albores del dia y las pacíficas ondas del rio.

INCERTIDUMBRE.

Por la mañana, cuando volvió á renovarse el ruido de la víspera, cuando Paris recuperó la vida y el movimiento anudando con nuevos eslabones la cadena de los dias anteriores, la condesa esperó que la noticia de su libertad iba á penetrar en su prision con la alegría y las felicitaciones de sus amigos.

¡ Tenia ella amigos ! ¡ Ah ! Nun-

ca crecen sin su brillante cortejo la fortuna y el crédito, y sin embargo, Juana se habia hecho rica y habia dado y recibido, sin haber conquistado ni aun un amigo venal de aquellos que queman al dia siguiente de la desgracia el ídolo que han incensado el dia antes.

Pero despues del triunfo que aguardaba, Juana tendria sin duda partidarios, admiradores y envidiosos.

Y esperaba en vano ver entrar en la sala del conserge Hubert un grupo compuesto de las tres clases apasionados momentáneos con el placer pintado en los semblantes y con mil lisonjeras felicitaciones en los labios.

De la inmovilidad de una muger convencida y dispuesta á entregarse al contento, Juana pasó, tal era su carácter, á una inquietud excesiva.

Y como no siempre se puede di-

simular, no se tomó la pena de ocultar sus impresiones á sus guardianes.

No le era permitido salir para informarse; pero pasó la cabeza por uno de los postigos de la ventana, y ansiosa, sin respirar prestó oído á los rumores de la vecina plaza, rumores que se resolvían en murmullos confusos, despues de atravesar el espesor de los muros del antiguo palacio de San Luis.

Juana oyó entonces no un rumor, sino una verdadera esplosion de bravos, de gritos, de alharidos, un clamoreo que la asustó, porque no tenia la conviccion de que fuese ella el objeto de tantas simpatias.

Aquellas salvas atronadoras se repitieron dos veces, é hicieron lugar á rumores de otra especie.

Parecióle que tambien indicaban aprobacion, pero una aprobacion tranquila y que se apagaba tan pronto como nacia.

No tardó en hacerse mas ruidoso el paso del muelle, como si los grupos de la plaza se disolviesen y separasen de ella las masas dispersas.

— Gran dia para el Cardenal, dijo una especie de pasante de procurador, dando un salto sobre el empedrado inmediato al parapeto.

Y al mismo tiempo arrojó una piedra al rio con esa habilidad propia del hijo de París, que ha consagrado muchos dias al ejercicio de un arte derivado de la palestra antigua.

— ¡ Para el Cardenal! repitió Juana. ¿ Se sabe ya por ventura que el Cardenal haya salido con bien?

Y una gota de sudor, semejante á una gota de hiel, se desprendió de la frente de la condesa, que entró precipitadamente en la sala.

— Señora..... señora..... preguntó á la muger de Hubert. ¿ Qué es lo que acabo de oír? «Gran dia

para el Cerdenal...» ¿Qué quiere decir esto?

—No lo sé, contestó la carcelera.

Juana la miró con atención y repuso:

—Hacedme el favor de preguntárselo á vuestro marido.

La señora Hubert obedeció por complacencia, y el conserje respondió desde afuera.

—No lo sé.

Juana impaciente, furiosa, se detuvo un momento en medio de la sala, diciendo:

—¿Qué querían, pues, dar á entender esos que han pasado? ¡Ah! esos oráculos no engañan, y... no hay duda, hablaban del proceso.

—Tal vez querían decir, replicó el caritativo Hubert, que si Mr. de Rohan ha salido libre, será este gran día para él. Eso será.

—¿Y creéis que será absuelto? exclamó Juana crispando los dedos.

—Puede suceder.

—¿Y yo?

— ¡Oh! Señora... vos... saldreis como salga él. ¿Por qué no?

—Estraña hipótesis, murmuró Juana.

Y volvió á colocarse en la ventana.

—Se me figura que haceis mal, señora, le dijo el conserge, en buscar de ese modo emociones que os llegan imperfectas desde afuera. Permaneced sosegada hasta que vuestros abogados ó Mr. Fremyn vengan á leeros...

— ¡La sentencia!.... No... no.

Y escuchó de nuevo.

Pasaba á la sazón una muger con otras amigas suyas: todas iban engalanadas como en día de fiesta, y llevaban grandes ramilletes: el olor de las rosas subió como un bálsamo precioso hasta Juana, que todo lo aspiraba de abajo.

— Le daré mil ramilletes y otros

cien; gritó la muger, y como pueda le daré tambien un abrazo.

—Y yo tambien, repuso otra.

—Y yo quiero que él me abrace, añadió una tercera.

—¿De qué hablan esas mugeres? pensó Juana.

—¡Oh! no tienes mal gusto, porque es un hombre bellissimo, dijo una de las mugeres á la última que habia hablado.

Y todas atravesaron el muelle.

—¡Otra vez el Cardenal! ¡Siempre él! murmuró Juana. ¡Y libre! libre!

Pronunció estas palabras con tanto desaliento y tanta conviccion al mismo tiempo, que sus carceleros, tratando de impedir una tempestad como la de la noche anterior, la dijeron:

—Vamos, señora. ¿Por qué no habeis de desear que el pobre preso salga absuelto y quede libre?

Juana sintió el golpe, notó sobre todo el cambio que se habia obrado en sus guardianes, y queriendo conservar sus simpatías, les respondió:

— ¡Oh! No me habeis comprendido. ¿Me teneis acaso por tan mala y envidiosa que desee la desgracia de mis compañeros de infortunio? ¡Dios mio! Que salga absuelto el señor Cardenal. ¡Oh! Sí; que quede libre, pero sepa yo de una vez... ¡Ay, amigos míos! Me consume la impaciencia.

Hubert y su muger se miraron como queriendo medir el alcance y las consecuencias de lo que querian hacer.

Un resplandor salvage, que lanzaron los ojos de Juana, á pesar suyo, les detuvo cuando iban á tomar una decision.

—Nada me decis? exclamó notando su propia falta.

—Nada sabemos, contestaron en

voz baja.

En aquel momento llamaron á Hubert fuera del aposento; su mujer, que permaneció sola con Juana, procuró distraerla; pero fueron vanos sus esfuerzos, porque todos los sentidos de la cautiva, toda su inteligencia se fijaban en la parte exterior, atraídos por los rumores, y por los demás sonidos que llegaba á escuchar con una susceptibilidad multiplicada por la fiebre.

La señora Hubert no podia impedirle que mirase ó escuchase, y se resignó.

De pronto se oyó un gran ruido y un gran movimiento en la plaza: la multitud refluyó hasta el puente y hasta el muelle, arrojando gritos tan compactos y reiterados, que Juana se estremeció en su observatorio.

Aquellos gritos no cesaban y se dirigian á un carruaje descubierto, cuyos caballos, detenidos por la ma-

no del cochero, menos aun que por la multitud, apenas podian caminar al paso corto.

Pero oprimiéndolos la multitud, apretándose contra ellos, no tardó en levantar sobre sus hombros caballos y carruage, con las dos personas que este contenia.

En medio de todo, al reflejo de los rayos del sol, bajo una lluvia de flores, y una bóveda de ramos, que mil manos agitaban sobre sus cabezas, la condesa reconoció á los dos hombres, á quienes la multitud victoreaba con entusiasmo.

Uno de ellos, pálido con su triunfo, asombrado de su popularidad, permanecia sério, aturdido y temblando. Las mugeres se subian á las ruedas del coche, cogian las manos de aquel hombre para cubrirlas de besos, y se disputaban á golpes los encages de sus bocamangas, que pagaban con las flores mas frescas y raras.

Otras mas afortunadas se habian encaramado á la trasera con los caballos, y quitando poco á poco los obstáculos que se oponian á su ca-riño, se apoderaban de la cabeza del personaje idolatrado, aplicaban en su rostro un beso respetuoso y sensual y dejaban en seguida el puesto á otras tan felices como ellas. Aquel hombre adorado era el Cardenal de Rohan.

Su compañero, risueño y vestido con elegancia, recibia una ovacion menos viva, pero tan lisonjera en proporcion como la del Cardenal. Resonaban en torno suyo los gritos y los vivas: las mugeres se disputaban el Cardenal y los hombres repetian: viva Cagliostro.

El cortejo tardó media hora en atravesar el Pont-au-Change, y Juana lo siguió con la vista hasta el punto mas culminante, sin perder uno solo de los pormenores del triunfo.

Aquella manifestacion del entusiasmo público hácia las víctimas de la Reyna, porque asi las designaban, proporcionó á Juana un momento de alegría.

Mas al pueto dijo:

—Cómo? Estan ya libres! Para ellos se han llenado ya todas las formalidades, y yo nada sé! Por que no me dicen cosa alguna?

Y no pudo menos de estremecerse.

A su lado se hallaba la señora Hubert, que silenciosa y atenta á cuanto sucedia, debia haber comprendido la verdad, y sin embargo no daba la menor esplicacion.

Juana se preparaba á provocar una esplicacion, que se habia ya hecho indispensable, cuando otro ruido llamó su atencion hácia el puente.

Juana reconoció en un fiacre á Oliva, risueña y alegre, que enseñaba su hijo al pueblo, á Oliva, que

tambien salia de la Conserjeria libre y loca de contento, por las chanzonetas algo libres y los besos que la dirigian los espectadores, encantados de su frescura y belleza. Grosero era á la verdad aquel incienso; pero tambien suficiente para Oliva, como el último relieve de la fiesta ofrecida al Cardenal.

En medio del puente se veia una silla de posta, en la cual se ocultaba Mr. Beausire detras de un amigo que se atrevia á manifestarse á la admiracion pública. Hizo una seña á Oliva, la cual bajó del fiacre, en medio de los gritos, que no dejaron de tornarse algunos en silbidos. Pero qué son los silbidos para ciertos actores, cuando pudieran ser castigados con proyectiles que los arrojasen para siempre del teatro?

Oliva, ya en la silla de posta, cayó en los brazos de Beausire, que estrechándola en ellos con riesgo de sofocarla, no la soltó hasta una le-

gua de distancia, y despues de inundarla de lágrimas y de besos, solo respiró en San Dionisio, donde mudaron caballos, sin que la policia les melestase.

Juana entretanto, al ver á todos libres, dichosos y victoreados, se preguntaba por qué ella no recibia la menor noticia.

—Pero yo! yo! exclamaba, por qué refinamiento de crueldad no se me declara la existencia que me concierne?

—Tranquilizaos, señora, dijo Hubert entrando á la sazón, tranquilizaos.

—Es posible que nada sepais, contestó Juana. Sí; debeis saberlo todo: vamos, enteradme.

—Señora.

—Si no sois un bárbaro, decidmelo, porque ya veis lo que estoy padeciendo.

—Nos está prohibido revelar las sentencias, cuya lectura correspon-

de á los escribanos de las causas.

—De modo que es tan terrible la mia, que no os atreveis á indicármela! exclamó Juana en un transporte de rabia, que causó miedo al conserje, y le hizo creer que iba á renovarse la escena de la víspera.

—No, dijo, calmaos, calmaos.

—Pues bien; hablad.

—Me escuchareis con paciencia, y no me comprometeréis?

—Os lo prometo; os lo juro; pero hablad ya.

—Pues bien: el señor Cardenal ha sido absuelto.

—Ya lo sé.

—Mr. de Cagliostro declarado sin méritos para ser acusado.

—Lo sé! lo sé!

—La señorita Oliva también está libre de la causa.

—Pero qué mas?

—Mr. Reteaux de Villette condenado.....

Juana se estremeció.

— A galeras....

— Y yo! Y yo!!! exclamó exaltándose con furor.

— Paciencia, señora, paciencia. Eso es lo que me habeis ofrecido.

— Estoy tranquila.... acabad de una vez. Y yo?

— A destierro, murmuró el conserje con débil acento y volviendo la vista hacia otro lado.

Un relámpago de júbilo brilló en los ojos de la condesa, relámpago que al punto se apagó.

En seguida fingió desmayarse, despues de lanzar un grito lastimero, y cayó en los brazos de sus guardianes.

— Qué tal! dijo Hubert al oido de su muger. Qué hubiera resultado, si yo le hubiese declarado la verdad?

— El destierro! pensaba Juana, al mismo tiempo que simulaba un ataque de nervios. Oh! El destierro

es la libertad, la opulencia, la venganza, y el sueño que he tenido...
Por fin he ganado.

LA EJECUCION.

Juana esperaba que el escribano, de quien la habia hablado el conserje fuese á leerle la sentencia pronunciada contra ella.

En efecto ya no padecia las angustias de la duda y apenas conservaba las de la comparacion, ó del orgullo, y asi se decia:

—Qué me importa que Mr. de Rohan haya sido considerado como

menos culpable que yo?

Me castigan por ventura por alguna falta! Yo hubiera sido debidamente reconocida como Valois por todo el mundo, á haber tenido, como el Cardenal, un enjambre de príncipes y de duques escalonados al paso de los jueces, suplicando por medio de su actitud y de crespones en los puños de las espadas. Creo que nada se hubiera negado tampoco á la condesa de La Motte, y que en atencion á las súplicas hubieran omitido para la descendiente de los Valois la afrenta del banquillo.

Mas, por qué he de ocuparme de todo ese pasado que ha muerto ya para mí? He aqui, pues, terminado este gran episodio de mi vida. Colocada de una manera equívoca en el mundo, sin representacion en la corte, espuesta á ser derribada por el primer soplo del trono, no hacia mas que vejetar, y tal vez volvía á la miseria, pri-

mordial, que ha sido el aprendizaje doloroso de mi vida. Nada de eso queda ya. Desterrada! Me envian desterrada? Es decir que tengo el derecho de llevar el millon conmigo, de vivir á la sombra de los naranjos de Sevilla ó de Agrigente durante el invierno, y en Alemania ó Inglaterra durante el verano; es decir, que nada me impedirá, jóven, como soy, bella y célebre, y pudiendo esplicar el proceso á mi gusto, vivir de la manera que me agrade, ya con mi marido, si tambien le destierran, ya con amigos, que siempre proporcionan la dicha y la juventud.

Y que vengan á decirme, proseguia Juana absorta en sus acalorados pensamientos, á mí la sentenciada, á mí la del destierro, á mí la infeliz, que no soy mas rica que la Reyna, mas honrada que la Reyna, y que mi absolucion no vale mas que la suya. Porque no se tra-

taba de mi condena , pues el gusano nada es para el leon ; se trataba de condenar á Mr. de Rohan y Mr. de Rohan ha salido libre.

Y ahora , ¿ cómo van á componerse para hacerme saber la sentencia y para conducirme fuera del reyno ? Se vengarán sobre una muger , sujetándola á las prácticas estrictas de la penalidad ? Me confiarán á los arqueros para llevarme á la frontera ? Me dirán solemnemente : « Indigna, el Rey os destierra de vuestro reyno ? No : mis dueños no me aborrecen ; aborrecen á ese buen pueblo de Paris, que grita debajo de sus balcones : Viva el Cardenal ! Viva Cagliostro ! Viva el parlamento ! Ese es su verdadero enemigo ; el pueblo. Oh ! sí , es su enemigo ; directo , pues yo he contado con el apoyo moral de la opinion pública , y he triunfado.

Juana pensaba así , é iba arreglando sus preparativos echando las cuentas consigo misma. Se ocupaba

ya de la colocacion de los diamantes y de su establecimiento en Londres, cuando el recuerdo de Reteaux de Villette, cruzó no por su corazon, sino por su mente.

Pobre muchacho! exclamó con una sonrisa maligna: ha pagado por todos. Siempre necesitan las espia-ciones un alma vil, en el sentido filosófico, y siempre que surgen esas necesidades se presenta un paciente que, sin murmurar, sufre los rudos golpes de la justicia humana.

Pobre Reteaux! El miserable paga hoy sus folletos contra la Reyna y sus conspiraciones de pluma. Dios, que á cada cual otorga su parte en este mundo, habrá dado á este su existencia de palizas, de luises de oro intermitentes, de bribonadas y de fraudes, con el correspondiente desenlace de galeras. He aqui lo que es la astucia en vez de la inteligencia, la malicia en lugar de la maldad, y el espíritu de agresion sin

la perseverancia y la fuerza. Cuantos séres malditos hay en la creacion desde el arador venenoso hasta el escorpion, á cuyo aspecto tiembla el hombre. Todos esos vichos quieren dañar, pero no se les concede el honor de la lucha: se les aplasta.

Juana enterraba de esta manera cómoda á su cómplice Reteaux, bien decidida á informarse del baño en que meterian á este miserable, á fin de no aventurarse en su viaje, ni humillar al desgraciado con la perspectiva de la felicidad de una amiga antigua. Juana tenia buen corazon.

Comió alegremente con sus guardianes; pero estos estaban tristes y no podian disimular su pena, la cual atribuia Juana al sentimiento que les causaba su sentencia de destierro. Se lo hizo presente, y contestaron que nada era tan doloroso para ellos como el aspecto de las personas, despues de pronunciar una sentencia.

Juana era tan dichosa en el fondo de su corazon, le costaba tanto disimular su contento, que no podia menos de parecerle muy agradable la ocasion de permanecer sola y libre con sus pensamientos. Resolvió pues, pedir que la trasladasen á su cuarto despues de comer.

Pero se quedó sorprendida cuando tomando la palabra el conserje Hubert con una solemnidad embarazosa, muy agena de sus discursos, la dijo:

— Señora, tenemos órden de que no queden encerradas las personas sobre cuya suerte ha fallado el parlamento.

— Bien, se dijo Juana; esto coincide con mis pensamientos.

Y se levantó diciendo:

— No quiero que por mi falteis á vuestro deber, pues de ese modo reconoceria muy mal vuestros favores: vuelvo, pues, á mi habitacion.

Trató de investigar el efecto que habian producido sus palabras. Hubert daba vueltas á una llave que tenia entre las manos, y su muger volvió la cabeza como para evitar una nueva emocion.

—Pero ¿en dónde y cuando me leerán la sentencia? preguntó la condesa.

—Tal vez esperan á que paseis á vuestro cuarto, contestó Hubert.

Un vago sentimiento de inquietud la hizo estremecer, pero se evaporó como un soplo.

Juana subió los tres escalones que separaban la estancia en que se hallaba del pasillo de la sala de justicia.

—Al verla marchar, la señora Huber corrió hácia ella precipitadamente, la cogió la manos, no con respeto, no con verdadera amistad, no con aquella susceptibilidad que honra al que hace esta demostracion y á quien la recibe, sino con una

compasion profunda, con un sentimiento de piedad, que no se ocupa á la inteligente condesa.

La impresion que sintió fue tan viva, que no pudo menos de confesarse á sí misma que experimentaba terror, pero le desechó al punto, como habia desechado la inquietud, lejos de su alma, abierta siempre al placer y á la esperanza.

Quería, sin embargo, preguntar á la señora Hubert, los motivos de su compasion: abria ya los labios y tornaba á bajar los escalones para hacerlo con precision y vigor, mas no tuvo tiempo, porque Hubert la cogió de la mano con menos política que viveza, y abrió la puerta.

La condesa se encontró en el pasillo, en donde se hallaban ya ocho arqueros del prebostazgo. ¿Por qué estaban allí? Esto es lo que Juana se preguntó al divisarlos; pero la puerta del conserje se habia cerra-

do, y delante de los arqueros se veia uno de los llaveros ordinarios de la cárcel, el mismo que todas las noches conducia á la condesa á su cuarto.

Este hombre echó á andar, como para enseñarle á Juana el camino.

—¿Vuelvo á mi habitacion? preguntó esta, con el tono de una mujer que desea estar segura de lo que dice, pero que duda.

—Sí, señora, respondió el carcelero.

Juana se agarró al pasamanos de hierro y subió detrás de su conductor, escuchando los murmullos de los arqueros, que no se movieron de su puesto.

Tranquila ya, se dejó encerrar en su cuarto y dió afectuosamente las gracias al llavero. Este se retiró.

No bien se encontró sola y libre con sus ideas, cuando su ale-

gria se exhaló de un modo estravagante, arrojando la máscara con que se habia cubierto hipócritamente delante de sus guardianes. La habitacion de la Consergeria era su jaula, y ella una fiera encadenada momentáneamente por los hombres, á la que un juicio de Dios iba á lanzar de nuevo al libre espacio del mundo.

Y en aquella jaula, por la noche, cuando ningun ruido anunciaba á la fiera la vigilancia de los guardadores, se vió al descubierto aquella naturaleza salvaje. Entonces estiró sus miembros para acostmbrarlos á los encantos de la esperada independendencia: entonces lanzó exclamaciones, dió saltos y se arrobó en éxtasis, que nunca puede sorprender la mirada extraña.

De pronto oyó andar en el corredor, y sintió introducir llaves en las cerraduras de la puerta.

—¿Qué me querran? pensó en-

derezándose silenciosa y atenta.

El llavero entró.

— ¿Qué se ofrece, Juan? preguntó la condesa con suave é indiferente acento.

— ¿Quereis seguirme, señora? dijo él.

— ¿A dónde?

— Abajo, señora.

— ¿Cómo abajo?

— A la sala de justicia.

— ¿Para qué?

— Señora....

Juana se adelantó hácia aquel hombre que vacilaba, y vió al fin del corredor armeros del prebostazgo.

— Pero en fin, exclamó conmovida, decidme para qué me llevan á la sala de justicia.

— Señora, vuestro defensor, Mr. Voillot, quiere hablaros.

— ¿En la sala de justicia? ¿Y por qué no aquí, supuesto que otras veces se le ha permitido venir?

—Señora, Mr. de Voillot ha recibido cartas de Versalles, y desea enteraros de ellas.

Juana no hizo alto en lo ilógica que era esta respuesta: solo atendió á una cosa. ¡Cartas de Versalles! ¡De la corte tal vez, y traídas acaso por su mismo defensor!

—¿Habrá intercedido la Reyna con el Rey despues de la publicacion de la sentencia?....

¡Pero á qué fin hacer conjeturas! ¿Habia tiempo para ello? ¿Era por ventura necesario, cuando faltaban dos minutos para encontrar la solucion del problema?

Ademas el llavero insistia, y agitaba las llaves como hombre que á falta de buenas razones, presenta su consigna.

—Esperad un momento, dijo Juana, pues ya veis que me he desnudado para descansar de las fatigas de estos dias.

—Esperaré, señora, pero tened presente que monsieur Voillot tiene mucha prisa.

Juana cerró su puerta, se puso un vestido y una manteleta y se arregló el pelo, tardando apenas cinco minutos en estos preparativos. Su corazón la decia que Mr. Voillot le llevaba la orden de marchar al instante y los medios de atravesar la Francia cómodamente y en secreto. Sí: la Reyna debía desear que su enemiga, partiese cuanto antes: la Reyna, una vez pronunciada la sentencia, debía irritar lo menos posible á esta enemiga, porque si la pantera es temible cuando está encadenada, ¿qué no debe esperarse de ella, despues de suelta? Halagada por tan risueños pensamientos, Juana echó á andar apresurada detras del llavero, que la hizo bajar por la misma escalerilla que la habia conducido á la sala de audiencia. Mas en vez de entrar en ella,

en lugar de torcer á la izquierda para ir á la de justicia, el carcelero se volvió hácia una puerta pequeña situada á la derecha.

— ¿A dónde vais? le preguntó Juana: la sala de justicia es allí.

— Venid, venid, señora, contestó con voz melosa el llavero; aquí es donde os aguarda Mr. Voillot.

Pasó el primero y se llevó consigo á la presa, que oyó correr á sus espaldas con estrépito los cerrojos exteriores de aquella maciza puerta.

Sorprendida Juana y sin encontrar á nadie en aquella oscuridad, no se atrevió á preguntar cosa alguna á su carcelero.

Dió dos ó tres pasos y se detuvo: una luz azulada daba á la estancia en que se encontraba el aspecto del interior de una tumba.

Aquella luz se filtraba de lo alto á través de una reja, por la cual, entre telarañas y capas de un pol-

vo secular, algunos débiles rayos llegaban únicamente á iluminar las paredes.

Juana experimentó al punto la humedad y el frio de aquel calabozo y adivinó alguna cosa terrible á los brillantes ojos del llavero.

Ella sin embargo á nadie veia mas que á este hombre, con quien ocupaba en aquel momento el interior de aquellas cuatro paredes verduscas por la accion del agua que brotaba de la canteria, y en las cuales penetraba un aire, que el sol no habia entibiado.

— ¿Qué hacemos aqui? preguntó por fin á su compañero, dominando la impresion de terror que la hacia temblar. ¿Dónde está Mr. Voillot, de quien me habeis hablado?

El llavero nada contestó contentándose con volverse para ver si la puerta, por donde habian entrado, estaba bien cerrada.

Juana siguió su movimiento con

espanto, antojándosele, por un momento que se las había, como en las novelas sombrías de la época, con uno de aquellos carceleros furiosamente enamorados de sus cautivas, que el día en que va á escaparse la presa por la puerta abierta de la jaula, se convierten en tiranos de la bella, y le proponen su amor en cambio de la libertad.

Juana era fuerte, no temia las sorpresas, y no conservaba el pudor del alma. Su imaginacion luchaba ventajosamente contra los caprichos sofisticos de Mr. Crebillon hijo y de Mr. Louvet, de modo que se dirigió rectamente y sonriéndose al llavero y le dijo:

— Amigo mio, ¿qué pedis? ¿Teneis que decirme alguna cosa? El tiempo de una encarcelada, cuando se acerca á la libertad, es precioso. Habeis elegido para hablarme un sitio de cita muy siniestro.

El guardian no pronunció una palabra, porque no comprendia: sentóse al lado de la chimenea baja y esperó.

— Vaya; os lo repito. ¿Qué hacemos aquí? dijo Juana.

Y al mismo tiempo creia que aquel hombre estaba loco.

— Esperamos á Mr. Voillot, respondió al fin.

Juana meneó la cabeza y repuso:

— Debeis convenir en que si Mr. Voillot tiene que comunicarme noticias de Versalles, ha escogido muy mala hora y una sala de audiencia detestable. Es imposible que mi defensor me obligue á aguardarle aquí. Otra cosa será.

Apenas acaba de pronunciar estas palabras, cuando se abrió enfrente de ella una puerta, que hasta entonces no habia visto.

Era una de esas trampas circulares, verdaderos prodigios de ma-

dera y de hierro, que trazan, al abrirse, sobre el fondo que las oculta, una especie de círculo cabalístico, en cuyo centro todo personage parece animado por arte de encantamiento.

En efecto, detras de aquella puerta habia gradas que conducian á un corredor mal alumbrado, aunque fresco y con completa ventilacion, en cuya estremidad vió Juana, levantándose sobre las puntas de los pies, un espacio semejante al de una plaza, y en el espacio un enjambre de hombres y de mugeres, cuyos ojos centelleaban.

Aquello fue para Juana una vision mas que otra cosa, pues no tuvo el tiempo necesario para darse razon de tan raro acontecimiento, porque en el mismo instante aparecieron en el corredor tres personas y empezaron á subir las gradas.

Detras de estas tres personas brillaron cuatro bayonetas blancas y

aceradas, semejantes á cuatro cirios mortuorios colocados allí para iluminar la escena.

La puerta circular se cerró y únicamente los tres hombres entraron en el calabozo, donde estaba Juana.

Esta caminaba de sorpresa en sorpresa, pasando de la inquietud al terror, y se acercó al llavero, á quien antes temia, como buscando su proteccion contra aquellos desconocidos.

El llavero por su parte se dirigió á un rincon del calabozo, manifestando así que queria y debia permanecer espectador pasivo de lo que iba á suceder.

Juana se vió interpelada antes que le ocurriese la idea de hablar.

El mas jóven de los tres personajes dió principio: estaba vestido de negro, llevaba el sombrero puesto y tenia en la mano un rollo de papeles.

Los otros dos, imitando al llavero, procuraban ocultarse á las miradas en la parte mas sombría de la sala.

—Señora, dijo el desconocido; ¿sois Juana de Saint-Remy de Valois, esposa de Maria Antonio Nicolás conde de La Motte?

—Sí, señor, contestó Juana.

—¿Nacisteis en Fontette el 22 de julio de 1756?

—Sí, señor.

—Viviais en París, en la calle nueva de San Gil?

—Sí, señor; pero ¿por qué me dirigis todas esas preguntas?

—Señora, siento que no me hayais reconocido: tengo el honor de ser el escribano del tribunal.

—Ya os conozco

—Es decir, señora, que ya puedo dar principio á mis funciones.

—Un momento, caballero. ¿Puedo saber á qué os obligan vuestras funciones?

—A leerlos, señora, la sentencia pronunciada contra vos en la sesión del 31 de Mayo de 1786.

Juana se estremeció y dirigió alrededor una mirada llena de angustias y de desconfianza. No hemos escrito sin motivo la palabra « desconfianza » en segundo lugar, aunque parezca la menos fuerte de las dos. Juana se estremeció con una angustia irreflexiva y lanzaron sus ojos en las tinieblas relámpagos de hiena.

—Sois el escribano Breton, dijo; pero ¿quiénes son vuestros acompañantes?

Iba el escribano á responder, cuando adelantándose el llavero le dijo al oído con una especie de temor ó de compasion elocuente:

—No se lo digais.

Juana lo oyó y miró á los dos hombres con mas atencion que hasta entonces. Se admiró de ver al uno con vestido gris oscuro y botones de metal, y al otro con chaqueton y

gorro de pieles: el extraño delantal que cubria el pecho del último llamó la atención de Juana, porque aparecia quemado en ciertas partes y en otras manchado de sangre y de aceite.

Retrocedió, y cualquiera hubiera dicho que se replegaba para un vigoroso ataque.

Acercándose entonces el escribano, la dijo:

— De rodillas, señora.

— ¡De rodillas! exclamó Juana. ¡De rodillas á mí! ¡A una Valois!

— Esa es la orden, señora, dijo el escribano inclinándose.

— Pero, señor, replicó Juana sonriéndose con amargura, sin duda ignorais el testo de la ley y debo enseñárosla. Solo se pone á uno de rodillas para que se retracte públicamente.

— ¿Y qué, señora?

— Que solo se retracta uno públicamente en consecuencia de un fa-

llo que le condene á una pena infamante, y el destierro no es una de ellas, segun me parece, en la ley francesa.

—Señora, yo no os he dicho que esteis cendenada á destierro, repuso el escribano con profunda tristeza.

— ¡Ah! ¿Pues á qué me han sentenciado? gritó Juana con desesperacion.

— ¡Vais á saberlo, señora, al escuchar vuestra sentencia, y para escucharla debeis poner os de rodillas.

— ¡Nunca! nunca!

— Señora, ese el primer artículo de mis instrucciones.

— Os respito que nunca.

— Señora, está escrito que si el sentenciado se niega á arrodillarse.....

— Qué?

— Se le obligue por la fuerza.....

— ¡Por la fuerza! ¡A una mu-

ger!

—Una muger no debe, lo mismo que un hombre, faltar al respeto debido al Rey y á la justicia.

—¿Y á la Reyna, no es verdad? exclamó furiosa la condesa, porque ya reconozco en eso la mano de una muger enemiga.

—Haceis mal en acusar á la Reyna, señora; S. M. no interviene en la redaccion de las sentencias del tribunal. Vamos, evitadnos la necesidad de usar de violencia. ¡De rodillas!

—¡Nunca! Nunca! Nunca!

El escribano desenrolló los papeles y sacó uno muy grueso que tenia en reserva previendo lo que pudiera suceder.

Entonces leyó la órden formal dada por el procurador general á la fuerza pública, para que obligasen á la rebelde acusada, á fin de satisfacer á la justicia.

Juana se parapetó en un ángulo

del calabozo, desafiando con sus miradas á la fuerza pública, pues suponía que no revelaban otra cosa las bayonetas que habia visto detras de la puerta.

Pero el escribano no hizo abrir, sino que hizo seña á los hombres, de quienes hemos hablado, y que se acercaron poco á poco, como esas máquinas de guerra claveteadas é inespugnables, que se oponen contra los muros de una ciudad sitiada.

Aquellos hombres cogieron á la condesa, la cual dió un salto desde el suelo hasta los brazos que hasta entonces la habian sostenido.

El escribano se sentó impasible y esperó.

Juana no pensó que hubiera hecho mejor en arrodillarse, que en haerse arrastrar de aquel modo. Pero una palabra del escribano se lo recordó.

—Basta ya, dijo este.

Soltaron los hombres á la condesa, la cual dió un salto desde el suelo hasta los brazos que hasta entonces la habian sostenido.

—Inútil es que alboroteis de ese modo, dijo el escribano, porque vuestros gritos no se oirán desde afuera, y por otra parte no podreis escuchar la lectura de vuestra sentencia.

—Permitidme que la escuche en pie y guardaré silencio, dijo Juana temblando.

—La pena de azotes es infamante, repuso el escribano, y lleva consigo la genuflexion.

— ¡Azotes! ahulló Juana. ¡Ah, miserable! ¡Azotes habeis dicho!

Y sus chillidos llegaron á ser tan agudos, que aturdieron al llavero, al escribano y á los dos acólitos, que se vieron obligados á oponer la fuerza á la fuerza.

Arrojáronse sobre Juana y la derribaron en tierra, pero se resis-

tió vigorosamente; quisieron hacerle doblar las rodillas, pero estiró los músculos como si fuesen planchas de acero.

Permaneció suspendida entre los brazos de aquellos hombres, y agitaba sus pies y manos con tanta fuerza que les causó crueles heridas.

Entonces dividieron el trabajo: uno de ellos la sujetó los pies entre sus manos, como en un cepo, y el otro acompañado del llavero, la suspendió por las muñecas gritando:

—Leed, señor escribano, leed la sentencia, pues de lo contrario no acabaremos con esta endemoniada.

—Jamás permitiré que se lea una sentencia que me condena á la infamia, exclamó Juana forcejando con extraordinaria cólera. Y uniendo la acción á las amenazas, dominó la voz del escribano con tan espanto-

sus rugidos que no pudo oírse una palabra de lo que este último leyó.

Acabada la lectura dobló los papeles y los guardó.

Juana calló entonces y procuró recobrar las fuerzas para resistirse todavía contra aquellos hombres, reemplazando sus rugidos con carcajadas mucho mas feroces.

—Y la sentencia, añadió el escribano como fórmula final, se llevará á efecto en la plaza de las ejecuciones.

— ¡Públicamente! gritó la desgaciada... ¡Oh!....

—Hombre de París, prosiguió el escribano, dirigiéndose al que llevaba delantal, os entrego esa mujer.

— ¿Quién es ese? exclamó Juana en el último paroxismo del terror y de la rabia.

—El verdugo, contestó inclinándose el escribano.

No bien pronunció el escribano

estas palabras, cuando los dos ejecutores se apoderaron de Juana y la suspendieron para conducirla al otro lado de la galería, que ella habia divisado. Tenemos que renunciar á describir la resistencia que opuso, pues esta muger, que en la vida ordinaria se desmayaba por un arañazo, sufrió durante una hora los malos tratamientos y los golpes de aquellos dos desalmados: por fin, la arrastraron hasta la puerta exterior, sin que cesase un momento en sus desesperados clamores.

Al lado opuesto de la puerta del corredor, donde los soldados contenian á la multitud, el tribunal llamado de justicia, apareció de pronto entre los dos ó tres mil espectadores, que la curiosidad habia reunido allí desde que vieron hacerse los primeros preparativos y levantarse el cadalso.

Sobre un estrado de unos ocho pies de elevacion, se alzaba un pos-

te negro, guarnecido de anillos de hierro, con un cartelón, que el escribano, tal vez por orden superior, habia procurado hacer ilegible.

Aquel estrado no tenia rampa y se subia á él por una escalera sin pasamano: la única balaustrada que se veia eran las bayonetas de los arqueros, las cuales cerraban el recinto como una verja de afiladas puntas.

Viendo la multitud que se abrian las puertas de palacio, que los comisarios se adelantaban con sus insignias, y asimismo el escribano con su rollo de papeles, comenzó su movimiento natural de ondulacion que le hace asemejarse al mar.

Por todas partes sonaron los gritos de ahí está, ahí está, en medio de epitetos poco favorables para la sentenciada y de observaciones poco caritativas para los jueces.

Porque Juana tenia razon en concepto de algunos, y habia un partido que le era favorable desde que se sabia su sentencia. Muchos que la despreciaban dos meses antes, la hubieran rehabilitado desde el momento en que se puso en hostilidad con la Reyna.

Mr. de Crosne, sin embargo, lo habia previsto todo y habia hecho ocupar los primeros sitios de aquel anfiteatro por adictos á los que pagaban los gastos del espectáculo. Veíanse entre los arqueros de estrecho talle muchas mugeres de las mas entusiastas del Cardenal de Rohan, utilizándose de este modo en favor de la Reyna, la rabia que ella misma habia inspirado, pues aquellos mismos, que tanto habian aplaudido á Mr. de Rohan, por antipatía á María Antonieta, iban á silbar y escarnecer á Mad. de La Motte, que habia cometido la imprudencia de separar su causa de

la del Cardenal.

Resultó, pues, que al aparecer la condesa sobre el tablado, los gritos furiosos de « muera La Motte, la falsificadora, » compusieron la mayoría y se exhalaban de los pechos mas vigorosos.

Sucedió tambien que los que intentaron manifestar su piedad en favor de Juana, ó su indignacion contra la sentencia que le condenaba, fueron considerados como enemigos del Cardenal por las damas del mercado, como contrarios á la Reyna por los agentes, y maltratados en consecuencia por los dos sexos interesados en sostener el envilecimiento de la sentenciada. Juana habia agotado sus fuerzas, pero no su r bia, y ceso de gritar, porque sus albaridos se perdian en el inmenso ruido del público y de la lucha que sostenia. Pero con acento claro, vibrante y met lico pronunció algunas palabras que hicie-

ron cesar como por encanto todos los murmullos.

— ¿Sabeis quién soy? dijo. ¿Ignorais que corre por mis venas sangre de vuestros reyes? En mí no se castiga á una muger culpable, sino á una rival, y no solo á una rival, sino tambien á una cómplice.

Aqui se vió interrumpida por los inmensos clamores que arrojaron apropósito los mas inteligentes paniaguados de Mr. de Crosne.

Pero Juana habia escitado ya, si no el interés, al menos la curiosidad, y la curiosidad del pueblo es una cosa que al punto quiere saciarse. El silencio que la condesa observó fue para ella una prueba de que deseaban escuchar sus palabras.

— Sí, repitió; una cómplice: se castiga en mí á la que sabia los secretos de...

— ¡Cuidado! La dijo el escribano al oido.

Volvió la cabeza y vio al verdugo

con un látigo en la mano.

A semejante aspecto olvidó Juana su discurso, su ódio y su deseo de captarse el favor de la multitud: no vió ya mas que la infamia, ni temió mas que el dolor.

— ¡Perdon! ¡Perdon! comenzó á gritar desesperadamente.

Una nube de silvidos ahogó sus lamentos: Juana, poseida de un vértigo, se aferró al cuerpo del ejecutor y logró sujetarle el brazo.

Pero él levantó el otro y dejó caer suavemente el látigo sobre la espalda de la condesa.

¡Fenómeno singular! Aquella muger que hubiera temblado y tal vez sucumbido al dolor físico, irguió su frente al conocer que se tenía con ella algun miramiento, y lanzándose sobre el ayudante del verdugo procuró derribarlo para arrojarle en seguida desde el tablado á la plaza: pero retrocedió de repente.

Aquel hombre empuñaba un hierro candente que acababa de sacar de un bracero lleno de áscuas: tenía-lo levantado, y el devorante calor que despedía hizo dar á Juana un salto hácia atrás y proferir un grito salvaje.

— ¡Tambien la marca! exclamó.
¡La marca!!!

El pueblo contestó á su grito con mil gritos terribles.

— Sí, sí; repitieron tres mil voces.

— ¡Socorro! ¡Socorro! murmuró la infeliz medio aniquilada, al mismo tiempo que hacia desesperados esfuerzos para romper las cuerdas con que acababan de ligarle las manos.

El verdugo rasgaba al paso el vestido de la condesa, y mientras separaba con una mano la seda y descubria la carne, trataba de apoderarse con la otra del hierro que le presentaba su ayudante.

Pero Juana se enroscaba sobre este y le hacia retroceder, pues él no se atrevia á tocarla, de modo que el verdugo, desesperado de alcanzar aquel instrumento siniestro del suplicio, empezaba á escuchar si la multitud le dirigia algunos denuestos. El amor propio tenia embargadas sus facultades.

Los espectadores atónitos, empezando á admirar la vigorosa resistencia de aquella muger, daban repetidas muestras de impaciencia. El escribano habia bajado del tablado; los soldados miraban el espectáculo, y todo era desórden y confusion, que presentaban amenazador aspecto.

—Acabad de una vez, se oyó gritar en la primera fila de la multitud.

El verdugo conoció sin duda aquella voz, porque derribando á Juana con un desesperado esfuerzo, dobló su cuerpo haciéndole inclinar la cabe-

za con la mano izquierda.

Al punto se levantó ella mas amenazadora y ardiente que el hierro abrasador de la justicia, y con acento que dominó todo el tumulto de la plaza y todas las imprecaciones de que era blanco el verdugo, gritó:

— ¡ Franceses cobardes ! No me defendeis y permitis que así se me atormente !

— ¡ Callad ! dijo el escribano.

— ¡ Callad ! repitió el primer comisario.

— ¡ Que calle ! exclamó Juana. ; Y qué mas me hareis ? ; Oh ! Si sufro esta vergüenza es por mi culpa.....

— ¡ Ah ! ¡ Ah ! gritó el pueblo conociendo el sentido de estas palabras.

— ¡ Callad ! ¡ callad ! volvió á repetir el escribano.

— Sí, por mi culpa, prosiguió Juana arrojando espuma por la boca, porque si hubiera querido hablar...

— ¡ Callad : esclamaron á una y ruborizándose el escribano , los comisarios y los verdugos.

— Si hubiera querido decir todo lo que sé respecto á la Reyna... ¡ Oh ! en tal caso me hubieran ahorcado , pero no viviria deshonrada.

No pudo continuar porque el comisario subió de nuevo al tablado seguido de muchos agentes , los cuales amarraron á la sentenciada y la entregaron palpitante , acardenalada , con el rostro líbido , hinchado y sangriento á los dos ejecutores , uno de los cuales volvió á sujetarla boca á bajo , empuñando el hierro fatal que su ayudante acababa de enrojecer por segunda vez.

Pero Juana se aprovechó como una culebra , de la poca seguridad de la mano , que le apretaba la nuca ; dió un salto imprevisto y volviéndose de frente con frenético júbilo presentó su pecho al verdugo , dirigiéndole una mirada provocadora ,

de modo que el instrumento ardiendo, que ya bajaba sobre su espalda, la tocó en medio del seno, é imprimió en él su surco humeante y devorador, abrasando la carne y arrancando á la paciente uno de esos alharidos que no tienen equivalente en ninguna de las entonaciones que puede producir la voz humana.

Juana sucumbió al dolor y á la vergüenza. Estaba vencida: sus labios no dejaron ya escapar un sonido, ni sus miembros se movieron. Se habia desmayado y entonces no fingia.

El verdugo se la echó al hombro y bajó con ella, tambaleando, aquella escalera ignominiosa.

En cuanto al pueblo, mudo tambien, ya que aprobase la ejecucion, ya que estuviese consternado, solo se retiró por las cuatro salidas de la plaza, cuando se cerraron detras de Juana las puertas de la Conserjeria, cuando vió demoler el tabla-

do pieza por pieza, y despues de haberse asegurado de que el terrible drama, cuya representacion acababa de ofrecerle el parlamento, no tenia epílogo.

Los agentes vigilaron las mas íntimas impresiones de los espectadores, y sus primeros avisos fueron articulados con tanta elocuencia, que hubiera sido locura oponer la menor dificultad á una lógica armada de garrotes y esposas.

Si alguna objeccion se hizo fue silenciosa y tranquila. Poco á poco recobró la plaza su tranquilidad ordinaria, y únicamente en el extremo del puente, dispersada ya la multitud, dos jóvenes pensativos, que se retiraban, como los demas, entablaron el diálogo siguiente:

— Creeis, Maximiliano, que efectivamente es Mad. de La Motte esa muger señalada por la mano del verdugo?

— Asi se dice, pero yo no lo creo...

contestó el mas alto de los dos interlocutores.

—¿ Con que os parece que no es ella? añadió el otro, que era un hombrecillo de mala catadura, de ojos redondos y luminosos, como los de las aves nocturnas y de cabellos cortos y graciosos. No, no por cierto, no es Mad. de La Motte la muger que han marcado, eh? Los secuaces de esos tiranos han libertado á su cómplice. Para retirar toda acusacion contra Maria Antonieta han encontrado una señorita Oliva, que ha convenido en pasar por prostituta: tambien han podido encontrar una condesa de La Motte fingida, que haya querido pasar por falsificadora. Me direis que al fin queda marcada; pero esa es una comedia que se paga bien al verdugo y á la víctima. Cuesta mas dinero, y he aqui todo.

El compañero de ese hombre le escuchaba moviendo la cabeza y se

sonreía sin responder.

—¿Por qué no me contestais? le preguntó el hombrecillo. ¿No aprobais lo que dijo?

—Me parece mucho esode aceptar voluntariamente la marca en el pecho, dijo el otro, y no es muy probable que digamos esa comedia. Vos sois mas médico que yo, y debéis haber sentido alguna vez la carne quemada, que no puede menos de ser un recuerdo muy desagradable.

—Os repito que es un negocio mercantil: se busca una sentenciada á la marca por otro delito cualquiera, se la paga bien para que diga en el tablado media docena de palabras que se le han dictado, y en seguida se la pone una mordaza, cuando se ve que quiere hablar demasiado.

—Vaya! vaya! dijo con mucha flema el llamado Maximiliano: no quiero seguiros en ese terreno, que es al fin resbaladizo.

—Es decir que aumentareis el número de los bobos, asegurando que habeis visto marcar á Mad. de La Motte, lo cual no dejará de ser un capricho, como otro cualquiera. Y sin embargo no os esplicábais hace poco de esa manera, porque me habeis dicho positivamente: no creo que la muger marcada sea madama de La Motte.

—No, no lo creo, y lo repito, contestó el jóven sonriéndose, pero tampoco me parece que sea una sentenciada vulgar, de esas que habeis citado.

—Veamos, pues. ¿Quién es la persona infamada hoy en la plaza pública, en lugar de Mad. de La Motte?

—¡La Reyna! dijo el jóven con agudo acento á su siniestro compañero, acompañando estas palabras con una sonrisa indefinible.

El otro retrocedió riendose á carcajadas y aplaudiendo la chanzone-

ta. Poco despues miró en torno suyo y dijo :

— A dios, Robespierre.

— A dios, Marat, contestó este,
Y se separaron.

EL TRATAMIENTO.

El día mismo de la ejecución, como á eso de las doce, salió el Rey de su gabinete del palacio de Versalles y despúdió al conde de Provença con estas palabras durante su salida.

— Hoy usalo á una mesa italiana, y así es tuerto que no me ha pleis de asuntos domésticos, y sobre todo de malos asuntos, porque eso

EL CASAMIENTO.

El día mismo de la ejecución, como á eso de las doce, salió el Rey de su gabinete del palacio de Versalles y despidió al conde de Provenza con estas palabras duramente pronunciadas.

—Hoy asisto á una misa matrimonial, y así os ruego que no me habéis de asuntos domésticos, y sobre todo de malos asuntos, porque eso

seria de mal agüero para los nuevos esposos , á quienes amo y quiero proteger.

El conde de Provenza arrugó el entrecejo sonriéndose , saludó á su hermano y se metió en sus aposentos.

El Rey continuando la marcha por medio de los cortesanos esparcidos en las galerias , dirigió á unos afables sonrisas y á otros fieras miradas , segun se habian mostrado propicios ó contrarios en el proceso que el parlamento acababa de fallar.

Asi llegó al salon cuadrado, donde se hallaba la Reyna , ya ataviada , en medio del círculo de sus damas de honor y de sus caballeros.

Maria Antonieta , pálida bajo el colorete, escuchaba con afectada atencion las preguntas que Mad. de Lamballe y Mr. de Calonne le dirigian acerca de su salud.

Pero continuamente examinaba la puerta á hurtadillas, buscando con

afan un objeto como el que arde en deseos de ver, y volvía á separar de ella sus miradas, como el que tiembla por haber visto.

—¡ El Rey ! gritó uno de los ugie-res de cámara : al mismo tiempo en-tró en el salon cubierto de bordados y de encages Luis XVI, cuya pri-mera mirada desde el umbral fue para la Reyna.

Maria Antonieta se levantó y dió tres pasos para acercarse al Rey, quien la besó la mano con gracia, y la dijo:

—Estais hoy bellissima, señora, y me pareceis una maravilla.

La Reyna se sonrió tristemente y aun procuró buscar entre los cor-tesanos, aquel punto desconocido, que tanto escitaba sus deseos y te-mores.

— ¿ No han llegado los jóvenes es-posos ? preguntó el Rey. Se me figura que van á dar las doce.

— Señor, contestó la Reyna (ha-

siendo un esfuerzo tan violento, que el colorete se esparció por sus mejillas y empezó á caer en pedazos) solo Mr. de Charny ha venido y espera en la galeria á que V. M. le mande entrar.

—Charny... dijo el Rey sin observar el espresivo silencio que habia sucedido á las palabras de la Reyna. ¿Está ahí Charny? Que venga, que venga.

Algunos caballeros salieron del salon para cumplir esta órden.

La Reyna apoyó nerviosamente sus dedos sobre el corazon y volvió á sentarse dando la espalda á la puerta.

—Ya son las doce, repitió el Rey, y debiera estar aqui la novia.

Mr. de Charny se presentó en la entrada del salon, oyó las últimas palabras del monarca y respondió al punto:

—Tenga á bien excusar V. M. la involuntaria tardanza de la señorita

Taverney, pues no ha abandonado el lecho desde la muerte de su padre. Hoy se ha levantado por primera vez, y ya se hubiera presentado á las órdenes del Rey, si no la hubiese acometido un desmayo.

— ¡Amaba tanto á su padre esa querida jóven, dijo el Rey en voz alta. Pero como al fin encuentra un buen marido, esperamos que se consolará.

La Reyna oyó estas palabras sin hacer el menor movimiento. Bien examinado su rostro, mientras Charney hablaba, cualquiera hubiera podido notar, que su sangre, semejante á la marea cuando baja, se replegaba desde su frente al corazón.

Observando el Rey la afluencia de la nobleza y del clero, que llenaba el salon, levantó la cabeza y dijo :

Mr. de Breteuil, ¿habeis espedido la orden de destierro para Ca-

gliostro ?

— Sí, señor, respondió humildemente el ministro.

El aliento de un pájaro dormido hubiera turbado el silencio de la asamblea.

— ¿ Y no marcan hoy, prosiguió el Rey, á esa La Motte, que se hace llamar Valois ?

— En este momento debe verificarse la ejecucion, contestó el guardasellos.

Brillaron las miradas de la Reyna, y un murmullo que parecia ser de aprobacion circuló por todas partes.

— El saber que han marcado á su cómplice disgustará al señor Cardenal, añadió Luis XVI con una tenacidad cruel, que nunca, antes de este suceso, se habia notado en él.

Y al pronunciar la frase *su cómplice*, dirigida á un acusado, á quien el parlamento acababa de absolver, frase que infamaba al ídolo del pue-

blo de Paris, frase que condenaba como ladrón y falsificador á uno de los primeros príncipes de la Iglesia, y á uno de los principales príncipes franceses, el Rey, como si lanzase un desafío solemne al clero, á la nobleza, al parlamento y al pueblo, paseó en torno suyo, una mirada arrogante, henchida de aquella cólera y de aquella magestad, que nadie había presenciado en Francia desde que se cerraron los ojos de Luis XIV.

Ni el mas leve murmullo, ni la menor espresion de asentimiento acogieron aquella venganza, que el Rey tomaba contra todos aquellos que habían contribuido á deshonar la monarquía. Entonces se acercó á la Reyna, que le estrechó ambas manos con la efusion de un profundo reconocimiento.

En el mismo instante aparecieron al extremo de la galeria la señorita de Taverney, vestida de blan-

co y pálida como un espectro, y su hermano Felipe de Taverney, que le daba la mano.

Andrea se adelantaba ligeramente, turbados los ojos y el pecho palpitante; nada veía ni oía, pues solo la mano de su hermano le daba fuerzas y ánimo indicándole la direccion.

La turba de cortesanos se sonrió al pasar la novia: las mugeres ocuparon sus puestos detras de la Reyna y los hombres se colocaron detras del Rey.

El bailio de Suffren, llevando de la mano á Oliverio de Charny, se presentó á Andrea y á su hermano, les saludó y fue á confundirse entre sus amigos particulares y sus parientes.

Felipe prosiguió adelantándose, sin que su mirada se hubiese cruzado con la de Oliverio, y sin que la presion de su mano advirtiese á Andrea que debia levantar la ca-

beza.

Llegados ambos á presencia del Rey, oprimió la mano de su hermana, y esta, como una muger muerta galvanizada, abrió los ojos y vió á Luis XVI que se sonreía bondadosamente, y le saludó en medio de los murmullos de los espectadores que aplaudian su belleza.

—Señorita, la dijo el Rey tomando su mano; debiais haber aguardado el término de vuestro luto para casaros con Mr. de Charny, y tal vez vuestro futuro esposo, á pesar de su impaciencia, os hubiera concedido un mes de plazo á no haberos pedido yo que apresuráseis este matrimonio, porque, segun dicen, padeceis, lo cual siento infinito; pero yo debo asegurar cuanto antes la felicidad de los buenos caballeros, que me sirven como Mr. de Charny, y si no os casaseis hoy, no podría asistir á la ceremonia, pues ma-

ñana saldré á viajar por Francia con la Reyna. Asi que, tendré hoy el gusto de firmar vuestro casamiento en mi capilla. Saludad á la Reyna, señorita, y dadle las gracias, porque S. M. ha sido muy benigna con vos.

Al mismo tiempo condujo á Andrea hasta Maria Antonieta.

Esta se habia levantado temblando y con las manos heladas; no se atrevió á alzar la vista y solo distinguió una cosa blanca que se le acercaba, inclinándose en su presencia.

Era el vestido nupcial de Andrea.

El Rey entregó á Felipe la mano de la novia, dió la suya á la Reyna, y dijo en alta voz:

— A la capilla, señores.

Todos siguieron silenciosamente á SS. MM. para ocupar sus respectivos sitios.

Al momento dió principio la misa, que oyó la Reyna encorvada en

su reclinatorio y con la cabeza sepultada entre sus manos. Allí oró con toda su alma y con todas sus fuerzas, y dirigió al cielo tan ardientes votos, que el aliento de sus labios secó las huellas de sus lágrimas.

Mr. de Charny, pálido y hermoso, conociendo que era el blanco de todas las miradas, permaneció tranquilo é intrépido, como á bordo, en medio de los torrentes de llamas y del estruendo de la metralla inglesa, aunque á la sazón padecía mucho mas.

Felipe, con la mirada fija en su hermana, á la que veía estremecerse y vacilar, parecia estar pronto á sostenerla con una palabra, ó con un gesto de consuelo y de cariño.

Pero Andrea no se desmintió y conservó su frente altiva respirando á cada instante su frasco de sales, moribunda y vacilante, como la

llama de un cirio, pero en pie y perseverando en vivir por la fuerza de su voluntad.

No dirigió súplicas al cielo, ni se acordó del porvenir, porque nada tenia que esperar ni que temer; porque nada era para los hombres, nada para Dios.

Cuando el sacerdote hablaba, cuando sonaba la campanilla, cuando se cumplía á su vista el misterio divino, decia Andrea:

—¿Soy yo por ventura una cristiana? ¿Soy un ser como los demás ó una criatura semejante á las otras? ¿Me has formado para la piedad, tú á quien llamamos Dios soberano, árbitro de todas las cosas? ¿Tú, á quien decimos justo por escelencia, y que siempre me has afligido, aunque nunca he delinquido? ¿Tú, que eres un Dios de paz y de amor, y á quien debo el vivir entre turbaciones, angustias y venganzas sangrientas, tú que has convertido en

mi mas cruel enemigo al único mortal que he amado?

No, prosiguió diciendo: nada tengo que ver con las cosas de este mundo, ni con las leyes de Dios. Sin duda fuí maldita antes de nacer, y puesta despues fuera de las reglas de la humanidad.

Y recordando el doloroso tiempo pasado, murmuró:

— ¡Cosa estraña! ¡bien estraña! Cerca de mí existe un hombre, cuyo solo hombre me hac a morir de felicidad. Si este hombre hubiese pedido mi mano por mí misma, me hubiera visto obligada á arrojarme á sus pies y á pedirle perdon de mi falta antigua, de aquella falta, Dios mio. Tal vez ese hombre, á quien adoraba, me hubiera desechado. ¡Y! hoy se casa conmigo, y él será quien me pida perdon de rodillas! Estraño es esto; sí, muy estraño por cierto.

La voz del sacerdote interrump-

pió estas reflexiones diciendo:

—Santiago Oliverio de Charny, ¿recibís por esposa á María Andrea de Taverney?

—Sí, respondió Oliverio con acento seguro.

—Y vos, María Andrea de Taverney, ¿recibís por esposo á Santiago Oliverio de Charny?

—Sí... contestó Andrea con una entonacion casi salvaje, que hizo temblar á la Reyna y estremecerse á mas de una dama de la concurrencia.

Entonces colocó Charny su anillo de oro en el dedo de la novia, y aquel anillo se deslizó en él sin que esta hubiese sentido el contacto de la mano que se lo ofrecia.

El Rey se levantó, pues la misa habia terminado, y todos los cortesanos pasaron á la galeria para saludar á los nuevos esposos.

Mr. de Suffren se habia apoderado de la mano de su sobrina, ofre-

ciéndola en nombre de Oliverío, toda la dicha á que tenia derecho de aspirar.

Andrea dió las gracias al Bailío, sin desmentir su serenidad un solo momento, pero le pidió que la condujese cuanto antes á presencia del Rey para manifestarla su gratitud porque se sentia muy débil.

En efecto, cubria su rostro una palidez espantosa.

Charny la vió desde lejos, mas no osó acercase á ella.

El Bailío atravesó el gran salon y presentó á Andrea al Rey, quien la besó en la frente y la dijo:

—Señora condesa, entrad en el gabinete de la Reyna, pues S. M. quiere entregaros su regalo de bodas.

Y despues de pronunciar estas palabras, que él creia sumamente alhagüeñas, se retiró seguido de toda la corte, dejando á la desposada llena de desesperacion en brazos

de Felipe.

¡Ah! murmuró al fin: esto es demasiado, Felipe. ¡Y creia haber sufrido bastante!

—Valor, dijo Felipe en voz baja: todavía una prueba, hermana mia.

—No, no, contestó Andrea: no podría sufrirla. Las fuerzas de una mujer son limitadas: tal vez haré lo que de mi se exige, pero si ella llega á hablarme, si ella me cumplimenta, me moriré.

—Morirás, si es necesario, querida hermana, repuso el jóven, y serás mas feliz que yo, porque yo quisiera estar muerto.

Y pronunció estas razones con acento tan doloroso y sombrío, que Andrea, como empujada por un resorte, echó á andar y penetró en la estancia de la Reyna.

Oli, lo la vió pasar y se arrojó á los tapices para no ajarle el vestido con su encuentro.

Despues permaneció en el salon, solo con Felipe, con la frente inclinada como este, aguardando el resultado de la entrevista de la Reyna y de Andrea.

Esta encontró á María Antonietta en su gabinete: á pesar de la estacion, pues corria el mes de Junio, la Reyna habia mandado encender la chimenea: hallábase sentada en un sillón con la cabeza echada hácia atrás, los ojos cerrados y las manos enlazadas, como una muerta.

Estaba tiritando de frio.

Mad. de Misery, que habia introducido á Andrea, soltó las mamparas, cerró las puertas y salió.

Si María Antonietta hubiese abierto los lábios en aquel instante, Andrea, desesperada como estaba, hubiera sucumbido antes de comprender ó contestar.

Un minuto, es decir, un siglo de tan bárbaro sufrimiento antes que la Reyna hiciese el menor movi-

miento.

Se levantó por último apoyando sus manos en los dos brazos del sillón y tomó de la mesa un papel, que sus vacilantes dedos dejaron escapar muchas veces.

Andando en seguida como una sombra, sin que se oyese mas ruido que el que producía el roce de su traje de seda sobre la alfombra, estendió el brazo hácia Andrea, y la entregó el papel sin pronunciar una palabra.

Entre aquellos dos corazones, la palabra estaba demás, porque la Reyna no tenía necesidad de provocar la inteligencia de Andrea, y esta no podía dudar un momento de la grandeza de alma de la Reyna.

Otra cualquiera se hubiera figurado que María Antonieta le ofrecía una magnífica renta, ó firma de un acta de propiedad, ó el nombramiento de algun cargo en la corte.

Pero Andrea conoció que el pa-

pel contenia otra cosa: lo cogió, y sin moverse de su sitio se puso á leerlo.

El brazo de María Antonieta volvió á caer y sus ojos se fijaron poco á poco en Andrea.

«Andrea, habia escrito la Reyna, me habeis salvado; mi felicidad dimana de vos y mi vida es vuestra. En nombre del honor mio, que tan caro os cuesta, os juro que podeis llamarme hermana vuestra. Hacedlo y vereis que no me ruborizo.

«Pongo este escrito en vuestras manos como una prueba de mi gratitud: es la dote que os entrego.

«Vuestro corazon es el mas noble de todos y sabrá agradecerme el presente que os hago.

«Firmado: MARÍA ANTONIETA DE LORENA DE AUSTRIA».

Andrea miró tambien á la Reyna y vió que con los ojos preñados de lágrimas y la cabeza trastornada aguardaba una respuesta.

La jóven atravesó con lentitud el gabinete, quemó en la chimenea casi apagada el billete de la Reyna, y saludando á esta profundamente, sin articular una sola palabra, salió de la estancia.

María Antonieta dió un paso para detenerla ó para seguirla; pero la inflexible condesa, dejando la puerta abierta, fue en busca de su hermano al salon inmediato.

Felipe llamó á Charny y puso en su mano la de Andrea, mientras en el umbral del gabinete y detrás de la mampara asistia la Reyna á aquella escena dolorosa.

Charny echó á andar como el desposado de la muerte conduci-

do por su lívida compañera, y salió mirando hácia atrás el pálido rostro de María Antonieta, que paso á paso le vió desaparecer para siempre.

Así al menos lo creía.

Dos coches de camino aguardaban en la puerta de palacio; Andrea subió [al primero. y viendo que Charny se disponia á seguirla, le dijo:

—Caballero, creo que vais á partir para Picardia.

—Sí, señora, contestó Charny.

—Yo, señor conde, me dirijó á los lugares en que murió mi madre. Adios.

Charny se inclinó sin responder, y el coche de Andrea partió al punto.

—Os quedais conmigo para hacerme saber que sois mi enemigo? preguntó entonces Oliverio á Felipe.

—No, señor conde, repitió este; no sois mi enemigo, pues sois el marido de mi hermana.

Oliverio le alargó la mano, subió al segundo coche y marchó.

Felipe, ya solo, se retorció los brazos con la angustia de la desesperacion y exclamó con sofocado acento:

— ¡Dios mio! ¡Reservais alguna alegría en el cielo para los que cumplen con su deber en la tierra? ¡Alegría!... repitió tristemente y mirando por última vez hacia el palacio. ¡Hablar yo de alegría! ¿Y con qué objeto? Unicamente los que pueden encontrar allá arriba corazones que les han amado, deben esperar otra vida. Nadie me ha amado, y no tengo, como otros, ni aun el consuelo de desear la muerte.

Acto continuo dirigió al cielo una mirada sin hiel, un suave reproche de cristiano cuya fé vacila, y desapareció, como Andrea y como Char-

ny, en el último torbellino de aquella tempestad que acababa de desquiciar un trono pulverizando tantas dignidades y tantos amores.

FIN.









ELCOLLAR
DELA
REINA

8.10.11

FAN
XIX 28
163e

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**



XI

